

Marcelo Escalante Mendoza

MARÍA
AUXILIADORA
NOS AYUDA
A SER FAMILIA
CRISTIANA



**MARÍA AUXILIADORA
NOS ENSEÑA
A SER FAMILIA CRISTIANA**

MARCELO ESCALANTE MENDOZA, sdb

2017



© 2017 EDICIONES SALESIANAS
INSPECTORÍA SALESIANA SAN PEDRO CLAVER - BOGOTÁ
CALLE 36 No. 24-39 - PBX: 288 3412
www.sdbcob.org

ISBN:XXX

DISEÑO E IMPRESIÓN:
IMPRESA SALESIANA DEL NIÑO JESÚS
Cra 7 No. 27a-10 sur
Tel.: 372 5555 - Ext. 1033 - 1035
e-mail: imprenta@sdbcob.org
Bogotá, D.C. - Colombia - Junio de 2017

Printed in Colombia - Impreso en Colombia

Contenido

PRESENTACIÓN	1
I. MARÍA AUXILIADORA, LA VIRGEN DE DON BOSCO.....	5
El Reino de Dios y nuestra fe cristiana	6
La devoción a la Virgen María en nuestra fe cristiana	10
Ser devoto de María Virgen consiste en imitar sus actitudes	12
A ejemplo de Don Bosco, hijos de María Auxiliadora.....	14
El amor de Don Bosco a la Virgen María moldeó su espiritualidad y su pedagogía.....	20
II. LA VIRGEN MARÍA NOS AYUDA A SER FAMILIA CRISTIANA.....	25
Nuestro Dios es una Familia	26
María nos ayuda a ser discípulos-misioneros de Jesús	29
Ser Familia Cristiana	32
María nos ayuda a ser familia cristiana.....	35
Devoción a María, oración y vida sacramental	44
III. DEVOCIÓN A MARÍA AUXILIADORA Y COMPROMISO CIUDADANO EN FAVOR DE LA FAMILIA.....	47
Fe y conversión	47
María Auxiliadora nos lleva a la conversión.....	50
Fe cristiana y compromiso social en favor de la familia	51

María Auxiliadora, nos inspira a asumir compromisos en pro de la familia.....	53
CONCLUSIÓN	62
Los cristianos en el mundo (Fragmento de la Carta a Diogneto).....	63
APÉNDICE I	
CONTEMPEMOS A LA SAGRADA FAMILIA.....	66
ORACIÓN DEL PAPA FRANCISCO A LA SAGRADA FAMILIA.....	69
APÉNDICE II	
LAS BODAS DE CANÁ (Jn 2, 1-11).	
UNA LECTURA EN CLAVE DE FAMILIA	71
El texto	71
Comentario	73
REFERENCIAS.....	77

PRESENTACIÓN

Como Iglesia y como congregación salesiana, nos encontramos en un año especial consagrado a la reflexión sobre la importancia, la situación y las necesidades de la familia hoy. Hace poco menos de un año atrás, el Papa Francisco nos ha regalado la exhortación apostólica *Amoris Laetitia* (La Alegría del Amor), en la que se aborda con grata calidez y realidad el tema de la Familia. Este escrito del Papa se suma a los muchos estudios que se van realizando en nuestros días sobre el asunto de la familia, en el que un denominador común es la conciencia de la acelerada transformación que va sufriendo la familia y la necesidad de que todas las organizaciones e instituciones sociales y políticas le den una importancia prioritaria. Como congregación salesiana, también nosotros hemos asumido este compromiso.

¡Somos Familia! Es el Aguinaldo del Rector Mayor, P. Angel Fernandez, para este año. Una frase breve y sencilla, pero que encierra todo un programa de vida y un plan pastoral. Ella nos compromete a asumir con seriedad el compromiso seguir construyendo la Familia Salesiana y hacer que ésta sea un centro propagador a partir del cual se genere, fortalezca y defienda la familia cristiana. Siguiendo el ejemplo de Don Bosco, somos conscientes de que no se trata sólo de reflexionar sobre la situación y necesidades de la familia, sino de actuar y poner el empeño en acompañarla. La familia es una vocación de Dios y como tal requiere ser acogida, construida y correspondida.

Este contexto es una preciosa oportunidad para reflexionar sobre las bases históricas, espirituales y pedagógicas de nuestro carisma y reconocer que la idea de ser Familia estuvo presente en

la mente y el corazón de Don Bosco desde los inicios de la obra salesiana. A pesar de su orfandad paterna, él tuvo la convicción de que la educación de la juventud es posible sólo si existe un clima de familiaridad, es decir, de confianza y de amabilidad, capaz de ganar el corazón de los jóvenes. Adelantándose a su tiempo, con gran acierto Don Bosco intuyó que la familiaridad no se impone, se construye y se gana; y que cuando se logra es posible obtenerlo todo, especialmente de los jóvenes. Quiso pues que un clima de familiaridad se respirase en el ambiente, que todos se sintiesen en casa, que el Oratorio sea un hogar.

Don Bosco quiso que sus obras fueran conocidas como “casas”. Otros fundadores se empeñaban en títulos institucionales (obra, gimnasio, colegio, instituto...), pero él quiso que la familiaridad comenzase desde el título. Y más allá, deseaba que la familiaridad fuese una nota característica de su Oratorio, él era el padre y todos los demás eran hermanos, unos mayores y otros menores, pero todos hermanos. Ahora bien, para que exista un auténtico clima de familia, se necesitaba una figura materna. Al comienzo, en los primerísimos tiempos el papel fue formidablemente asumido por Mamá Margarita y junto a ella, otras mujeres que hacían el papel de “mamás del oratorio”. A su muerte, el “puesto de mamá del Oratorio” no quedó vacío.

La devoción a la *Inmaculada Virgen Auxiliadora* es elemento constitutivo de la identidad de nuestro carisma. El día mismo del fallecimiento de su madre, Don Bosco frente a una imagen de la Virgen, le dice desde el corazón: “¡Oh! Virgen Piadosa, mis queridos hijos y yo ya no tenemos madre acá en la tierra, sé tú, María, nuestra madre”, todo nos lleva a pensar que Ella aceptó el pedido. Don Bosco lo declara con naturalidad y total seguridad: “La virgen es nuestra madre”, “¡Cuánto nos quiere la Virgen!”. Con el paso del tiempo esta convicción se fue afianzando cada vez más, su devoción a la Virgen se fue fortaleciendo con la conciencia de que Ella se encontraba de verdad presente en el Oratorio, su maternal Auxilio era real.

Don Bosco intuyó que el amor a la Virgen no debe quedarse en un sentimiento, sino que debe convertirse en obras concretas. Para él, y así lo enseñaba, no se puede ser devoto de la Virgen sin hacer

al mismo tiempo un compromiso por ser *buen cristiano y honesto ciudadano*. Aunque no lo expresó con estas palabras, pero era muy consciente de que no hay separación entre *fe y vida*. A quienes recomendaba la devoción a la Virgen, los comprometía a estar dispuestos a realizar verdaderos esfuerzos por alcanzar signos de crecimiento humano y cristiano. Lo dicho en modo general, puede ser bien aplicado a la familia, eso es lo que intentamos con este trabajo.

Este pequeño escrito –ensayo– quiere rescatar estas ideas. Consta de tres partes. En la *primera*, se realiza un acercamiento a la relación que Don Bosco tuvo con la Virgen y el modo cómo afectó su vida. En la *segunda*, siguiendo su ejemplo, se busca que el creyente como fruto de la devoción que profesa a la Virgen asuma el compromiso de cuidar su propia familia, aprendiendo de las virtudes de ella, logrando así que su familia sea cristiana. En la *tercera parte*, pretendemos que el lector tome conciencia de que nuestro amor a la Virgen también nos compromete a cuidar a la familia y defender su rol en la sociedad. Así buscamos que la devoción a María Auxiliadora transforme nuestra vida. Al final se encuentran dos breves apéndices, uno que nos invita a contemplar el Ícono de la Sagrada Familia de Rupnik y el otro que nos ofrece una lectura –un tanto libre– del episodio de las Bodas de Caná, en clave de familia.

Este trabajo no es pues una colección de oraciones, ni de anécdotas, ni de sueños marianos de Don Bosco, que a todos nos gustan, sino un esfuerzo de reflexión que busca que el lector se cuestione sobre nuevos caminos para su fe. Estas páginas están escritas para aquéllos que ya han dado pasos en el sendero de la fe y que buscan hacerla cada vez más madura y coherente con la vocación de ser discípulos-misioneros del Evangelio. Creo que su lectura puede ayudar a cuestionar, o al menos conocer una visión distinta de la devoción a María Auxiliadora, a la que tradicionalmente estamos acostumbrados.

Este librito nació con la idea de ser un folleto, una novena sencilla y popular; sin embargo, conforme fui avanzando en la confección, fue tomando la forma de un pequeño libro. Ésta es la razón por la que hay una especie de mezcla amorfa de estilo de redacción

y por la que no existe aparato crítico, pues escribo para el pueblo sencillo que busca formarse en su fe. (El erudito encontrará, ciertamente, obras mucho mejores y más documentadas). Sin embargo, he intentado al menos mantener una línea lógica en la presentación del argumento, aunque a veces creo que no lo conseguí...

Agradezco sinceramente al P. Javier Ortiz, Inspector de los Salesianos en Bolivia; al P. Jaime Morales, Inspector de los salesianos en Bogotá, al P. Tim Ploch, Visitador de la Región Interamericana y al P. Mario Peresson, ecónomo provincial COB; sobre todo por el privilegio de su amistad, por el apoyo a mi sencillo trabajo y por la confianza brindada en mi ministerio. Que nuestra Madre Auxiliadora premie todos sus esfuerzos y sacrificios en pro de la educación-evangelización de la juventud.

Si en algo te ha servido esta obra, eleva una oración a nuestra Madre por su autor.

Marcelo Escalante Mendoza, SDB

*Salesiano y presbítero de la Inspectoría
Nuestra Señora de Copacabana - BOLIVIA
e-mail: marcelosdb24@gmail.com*

I. MARÍA AUXILIADORA, LA VIRGEN DE DON BOSCO

No existe lugar –ni hogar- católico en el que no haya un especial cariño por María, la Virgen Madre de Dios. Esta devoción ha sido para muchos razón por la cual hemos logrado conocer mejor al Señor y así nos hemos decidido a quererlo más. Ahora bien, no todos comparten nuestra fe, menos aún nuestro cariño por la Virgen María, es así que por ella también hemos sufrido censuras, críticas, incluso insultos. Sin embargo, el amor que le profesamos se ha mantenido intacto, más aún, en esos momentos de turbación ha sido cuando más ha aflorado el cariño y la confianza que le tenemos. Ahora bien, como ocurre con cualquier amor bueno y bello; debemos reconocer que pocas veces nos hemos puesto a pensar y a reflexionar sobre nuestra devoción a la Virgen. Simplemente la queremos y sabemos que nos quiere... ¿Acaso se necesita saber más?... ¡Pues Sí! Se necesita conocerla mejor, para amarla más.

Un signo, una muestra, de que en verdad la amamos es que cada vez queremos conocerla un poco más. No quiero decir, de ningún modo, que si no logramos conocerla bien, es que en verdad no la amamos. Pensar así sería algo equivocado, pues soy testigo del amor sincero y real que mucha gente le tiene, aunque lo único que saben de Ella es que es la Mamá de Jesús y que es también nuestra madre. Tal vez no se necesita saber más para amarle. Sin embargo, lo que pretendo decir es que existen distintos modos de expresar el cariño que le tenemos y uno de ellos, generalmente poco conocido y por tanto muy olvidado, es el de hacer el esfuerzo por conocerla y estudiarla para así descubrir cómo fue su vida, cómo vivió, qué quiere hacer por nosotros y qué espera de nosotros sus hijos.

¡Cuánta es la alegría de una madre cuando sus hijos cumplen lo que ella espera de ellos! Lo mismo ocurre con la Virgen María, ¿Cómo podremos llamarnos hijos suyos si no la conocemos, si no nos parecemos en algo a ella, si no imitamos sus actitudes y motivaciones?

El Reino de Dios y nuestra fe cristiana

Es muy útil e importante reflexionar acerca de nuestra fe cristiana. Hoy más que ayer, somos testigos de cómo las iglesias se van vaciando. La preocupación de los pastores de la Iglesia ya no está dirigida sólo hacia los que no creen en Dios, sino que ahora a ésta se suma la de los que se bautizaron, recibieron otros sacramentos, incluso tenían algún compromiso con algún grupo pastoral... y hoy la religión ya no les interesa, o se dejaron convencer por algún grupo de hermanos separados. También por aquéllos hermanos nuestros que viven su fe como algo mecánico, sin convicción, simplemente movidos por la tradición o la costumbre. Ante este fenómeno surgen variadas explicaciones, muchas de ellas apuntan a la falta de compromiso o capacidad de los ministros (sacerdotes y religiosos/as) para afrontar las realidades de nuestro tiempo; sin embargo, son pocos los que reconocen que también los mismos fieles, los cristianos de a pie, no se han preocupado por conocer en profundidad su fe. Si conociéramos la inmensa e incomparable riqueza espiritual de nuestra Iglesia, ni se nos pasaría por la mente alejarnos de ella.

Pero más allá de evitar este riesgo, reflexionar nuestra fe nos ayuda a ser mejores cristianos y ser mejores cristianos nos hace poseedores de una alegría grande y profunda. No debemos olvidar que Dios nos ha creado para ser felices y que todos los regalos que Él nos da, van encaminados a que alcancemos nuestra felicidad. La fe es uno de esos regalos. Es por ello que podemos afirmar que la fe es un auténtico tesoro que debe ser custodiado, cuidado y cultivado para que crezca y sus frutos sean mayores en nuestra vida. En este sentido, es oportuno recordar que tener fe no consiste sólo en cumplir con mandamientos, o asistir a celebraciones religiosas, o tener una constante práctica sacramental. Todo ello es bueno y útil, pero la fe es algo mucho más profundo, no puede ser reducida

a prácticas externas, sino que debe afectar toda nuestra persona, es decir, debe cambiar nuestro corazón.

Tener fe, ser cristiano, consiste en tener una relación profunda de amor con Dios. La fe no consiste, pues, en hacer cosas, sino en reconocernos amados por el Señor y corresponder a ese amor. Coloquialmente decimos “Amor con amor se paga”, ello también aplica en nuestra vida de fe. Ahora bien, no nos es difícil reconocer el amor que Dios tiene por nosotros, lo vemos a cada instante: nuestros seres queridos, las oportunidades de crecimiento humano en nuestra vida, la misericordia recibida por nuestras faltas, la luz de la esperanza en los momentos de crisis, el abrazo de un amigo, la sonrisa de un niño, etc. son algunos de los muchos signos que nos muestran el amor que Dios nos tiene. Pero ¿Y cómo amamos a Dios? La respuesta nos la da Dios mismo en su Palabra: “Ámense los unos a los otros *como yo les he amado*” (Jn 13, 34). Jesús nos da el mandamiento del amor y nos da también un modelo: *como él nos amó*. No se trata pues de un amor poético, menos aún de uno sensible, sino de un amor que es capaz de sacrificarse por el bien del otro, de comprometerse radicalmente para llevar felicidad y esperanza a la vida del que sufre.

El amor de Jesús es real y concreto. No se queda en palabras bonitas, sino que su amor se puede ver, como él mismo lo dice: “Vayan y díganle a Juan *lo que han visto y oído*: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva” (Lc 7, 22). Así, Jesús nos enseña que el amor cristiano no se queda en buenas intenciones, sino que se pone por obra. *Amar al hermano*, al estilo de Jesús, consiste en hacer de nuestra vida un regalo, una bendición para él/ella. El Evangelio nos muestra a Jesús como aquél hombre que se pasó haciendo el bien a los demás, es por eso que sus mejores amigos fueron los que más necesitaban de él: pobres, enfermos, endemoniados, pecadores, excluidos... A ellos, Jesús les anuncia una gran alegría: ¡El reino de Dios ha llegado!

El gran proyecto de la vida de Jesús fue el Reino de Dios. Todas sus palabras, acciones, signos, milagros, actitudes, enseñanzas; es decir, *toda su vida fue un anuncio de la presencia del Reino de Dios en el mundo aquí y ahora*. Ahora bien, ocurre un hecho cu-

rioso y paradójico. Jesús anunciaba y hablaba del Reino de Dios constantemente, casi con obsesión; sin embargo, no nos dijo qué es concretamente. Sabemos que las palabras “Reino de Dios” estaban siempre presentes en sus labios, hablaba de ello a toda hora. Incluso sabemos que la causa última de su muerte fue precisamente el proclamar la presencia de un reino distinto al del imperio romano. Sin embargo, no nos ha dejado una definición de lo que es.

Cuando Jesús habla del Reino de Dios, lo hace de modo metafórico, valiéndose de comparaciones. Nos enseñó que *se parece* a un grano de semilla de mostaza; diminuto y aparentemente insignificante, pero capaz de crecer y convertirse en un árbol robusto e imponente (Mt 13, 31-32). Nos dijo que *se parece* a un poco de levadura que se echa en la masa; proporcionalmente inferior, pero capaz de fermentarla toda (Mt 13, 33). Nos dijo que *se parece* a una perla preciosísima, que un comerciante encuentra y rápidamente va a vender las otras que posee para comprar la que encontró (Mt 13, 45-46). En fin, Jesús nos da muchos ejemplos de a qué se parece el Reino de Dios ¡Pero no nos dice qué es! Este detalle no es irrelevante, pues nuestra fe consiste en continuar con este proyecto, pero ¿cómo lo haremos si no sabemos qué es?

Tomando todas las comparaciones encontradas en el Evangelio, los teólogos han logrado definir que *El Reino de Dios es la presencia de Dios en el mundo*. Es decir, que el Reino de Dios es Dios reinando. Entonces, cuando Jesús nos dice que ya ha llegado, nos dice que Dios mismo está ya presente en el mundo, su presencia es para todos una bendición, el Reino de Dios es motivo de gran alegría.

Cuando reinan los hombres existe hambre, injusticia, violencia, muerte, etc. pero cuando llega el Reino de Dios, reina la verdad, la justicia, la paz, el amor. Por ello, cada vez que Jesús devolvía la salud a un enfermo, o la dignidad a un excluido, o daba el perdón a los pecadores, mostraba que Dios estaba ya actuando, derribando las barreras que crean divisiones y causan dolor.

Entonces, nos preguntamos: Si el Reino de Dios ya ha llegado ¿por qué sigue habiendo injusticia, muerte, dolor...? La respuesta no es sencilla, pues en cuanto salimos a la calle vemos los signos

de la presencia del Reino, pero también vemos signos de su ausencia (algunos le llaman el antireino).

El Reino de Dios está ya en medio de nosotros, pero todavía de un modo imperfecto, va caminando día a día hacia su perfección. Por ello, no debe sorprendernos que aun estando ya presente existan todavía signos que lo contradigan. Esto no debe asustarnos, menos aun desanimarnos, recordemos que Jesús mismo sufrió una muerte injusta, fruto de calumnias y mentiras. Sin embargo, al final se impuso el bien, los hombres lo mataron, pero Dios Padre lo resucitó. En otras palabras, a pesar del mal del mundo, siempre triunfará el bien: la verdad vence a la mentira, el amor al odio, la justicia a la injusticia, el perdón al pecado, la vida a la muerte. En una palabra: al final el Reino de Dios triunfa siempre, nos lo muestra Jesús con su resurrección. Esa es la promesa de Dios para nosotros, es la seguridad de los que creemos en Él. Entonces, el centro de nuestra fe se dirige al Dios del Reino y al Reino de Dios.

Siguiendo esta lógica, podemos afirmar con seguridad que creyente es aquél que se compromete con radicalidad con el proyecto de Jesús: con el Reino. Ser creyente no consiste sólo en cumplir con ciertas normas, o rezar ciertas oraciones; ello está bien siempre y cuando nos ayude a afirmar nuestro compromiso con la causa del Reino. Ser discípulo de Jesús consiste en colaborar para hacer presente el Reino de Dios en donde estemos. Reina Dios donde está la verdad, donde se lucha por la justicia, donde se hacen esfuerzos por perdonar, donde se hacen sacrificios por sanar las heridas del que sufre. El reino de Dios y el Dios del Reino están donde hay personas que se esfuerzan por hacer de su vida un regalo, una bendición para los demás; hermanos que lleven la esperanza de la presencia de Dios a los demás, de modo especial a los que sufren.

En síntesis, ser cristiano consiste en continuar con el proyecto de Jesús, en hacer presente el Reino de Dios. Ello no es sólo un buen deseo, sino un compromiso real por hacer de nuestro mundo un lugar mejor, un lugar en el que podamos reconocer que el Señor está presente. No es tarea sencilla, pero si posible por medio de nuestro trabajo, de nuestro esfuerzo, de nuestra fe. Recordemos que no es una obra humana, sino divina. Por ello, junto con nues-

tro esfuerzo se encuentra también nuestra oración diaria e ininterrumpida: ¡venga a nosotros tu Reino!

La devoción a la Virgen María en nuestra fe cristiana

Habiendo reflexionado brevemente acerca de la centralidad del Reino de Dios en la fe cristiana, nos corresponde ahora preguntarnos acerca del papel que juega la devoción a la Virgen María dentro de nuestra vida de fe. Es importante esta reflexión, ya que en no pocas oportunidades se observa a hermanos católicos que tienen un cariño muy evidente a la Virgen María, pero que se queda estéril, pues no toca ni transforma su vida, no les motiva a ser discípulos-misioneros del Señor.

La devoción a la Virgen María, la Madre de Dios, ocupa un puesto de gran importancia en nuestra fe. Desde los primeros tiempos de la cristiandad, María ocupa un lugar central en el seno de la comunidad de los discípulos de Jesús. Así nos lo cuenta el libro de los Hechos de los Apóstoles, narrando la vida de la Iglesia en el tiempo inmediato a la Resurrección de Jesús: “Todos ellos –los discípulos- perseveraban en la oración, en compañía de algunas mujeres, de María la madre de Jesús y de sus hermanos” (Hch 1, 14). Ya en aquella Primera Comunidad Cristiana, se nos muestra a la Iglesia como la comunidad de los que creen en Jesús y oran junto con María. Vemos también que ya en esos tiempos, la Iglesia no era un lugar de culto, sino una comunidad, una familia. Por ello, la presencia de la Madre, la mamá de Jesús era importante. ¿Nos sorprende acaso que los discípulos tuviesen un respeto y cariño especial por la madre del Señor? Por el contrario, ¿No nos es lógico pensar que ellos que vivieron con Jesús sólo por tres años, recurriesen a María cuando desearan conocer más acerca de él?

Desde los inicios mismos de nuestra fe, sabemos que *María nos lleva a Jesús*. Don Bosco mismo nos dice: “Es casi imposible ir a Jesús si no es por medio de María”. Queremos y admiramos a María porque ella nos presenta a su hijo, haciéndonos de este modo mejores cristianos. Debemos tener máxima claridad en esto, nuestra fe está puesta en y sólo en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por tanto, María es sólo un medio –muy bueno, bello y santo;

pero al fin y al cabo medio- para llegar a Dios. Es preciso tener claridad incuestionable sobre esta verdad, porque no pocos hermanos nuestros, católicos, se encuentran confundidos, pues ven a la Virgen María como una especie de semidiosa, puesta al mismo nivel de Dios; ello está del todo equivocado.

Si en un sano y honesto deseo de demostrarle nuestro cariño, ponemos a la Virgen al centro de nuestra vida de oración y de fe, dejando de lado a Dios; estamos errando el camino. Ello no puede sino molestar a nuestra madre, pues ninguna madre se complace en el error de sus hijos, mas por el contrario ellas siempre desean que vivan en la verdad y sigan lo que es correcto. Nuestra devoción a la Virgen María es auténtica y verdaderamente cristiana cuando nos lleva y nos acerca a Dios.

Es más, siendo aún más específicos, *nuestra devoción a la Virgen María es agradable al Señor cuando nos ayuda a comprometernos con mayor radicalidad con la causa del Reino de Dios*. En su gran amor hacia nosotros, sus hijos, nuestra Madre recibe con maternal cariño todas nuestras muestras de devoción, aunque se encuentren equivocadas, o mal enfocadas; sin embargo, ¡Con cuánta más alegría recibirá nuestras muestras de devoción si lo hacemos de acuerdo a lo que Dios y Ella esperan de nosotros! Por ello es importante conocer y reflexionar acerca de nuestra fe y ahora comprender el papel que juega la Virgen María dentro de ésta.

Para no confundirnos, es bueno tener algunas pautas que nos ayuden a identificar si es que nuestra devoción a la Virgen María se encuentra, o no, bien encaminada. Estas pautas nos ayudarán a reconocer aquello que va bien y aquello que requerimos purificar. Estos “criterios de evaluación de autenticidad de devoción” mariológica son:

1. Nuestra devoción nos lleva al Dios Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo)
2. Nuestra devoción nos lleva a comprometernos cada vez más con la Iglesia y con su misión en el mundo (=hacer presente el Reino de Dios).

A estos criterios de autenticidad de la devoción a la Virgen María bajo cualquier título, o advocación, debemos añadir otra. Un criterio que nos ayuda a discernir sobre la autenticidad salesiana de nuestra devoción a María Auxiliadora:

3. Nuestra devoción nos lleva a comprometernos con la causa de la educación y evangelización de la juventud, especialmente la menos favorecida.

Con estos tres criterios podemos ya hacer una reflexión personal acerca de cómo va nuestra devoción hacia la Madre de Dios. Así, reconocemos que ésta no consiste solamente en un conjunto de oraciones especiales, rosarios, visitas, novenas, culto a imágenes...

Por el contrario, la auténtica devoción a la Virgen María, debe llevarnos a hacer cada vez más profunda nuestra relación con Dios, haciéndonos reconocer el gran amor que Él tiene por nosotros y asumir siempre con mayor empeño el anhelo de corresponder a aquel Amor en el amor a los hermanos, de manera especial a los que sufren. Ésta es la razón de la Revelación de Dios al mundo y es la tarea que aún hoy en nuestros días continúa la Iglesia.

Ser devoto de María Virgen consiste en imitar sus actitudes

María aparece en el Evangelio desde sus primeras páginas y está discretamente presente a lo largo de toda la vida de Jesús. A pesar de que sus intervenciones son pocas, nos son suficientes para reconocerla –pues así nos la presentan los evangelistas– como un modelo perfecto de fe: siempre dispuesta a cumplir la voluntad de Dios, es también la mujer de la esperanza puesta en el Señor, la de la preocupación por las necesidades de los demás. Estas tres virtudes de nuestra madre deben caracterizarnos también a nosotros, pues como sus hijos, debemos reflejar las virtudes de nuestra madre: i) disponibilidad a cumplir la voluntad de Dios; ii) ser testigos de la esperanza puesta en Dios; y iii) preocupación por las necesidades de los demás. Son también tres luces para iluminar y “evaluar” nuestra devoción hacia Ella.

Aquél “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38), dado al Ángel el día de la Anunciación, se mantuvo presente, como un voto matrimonial, día a día a lo largo de toda la vida de María. En los momentos de gozo, pero también en los momentos de dolor, aquella disponibilidad se mantuvo firme, incólume e inquebrantable. Incluso en el momento de mayor desolación, cuando la crucifixión de su hijo, allí se encontraba Ella, “al lado de la cruz” (Jn 19, 25), dispuesta a cumplir la Voluntad de Dios. María nos da un ejemplo incontrovertible, los que seguimos a Jesús, debemos permanecer al lado de Jesús siempre, pues ese es el deseo de Dios sobre nosotros, que seamos Uno con Él. Contigo Señor, en las buenas y en las malas. Lo importante es que se cumpla tu voluntad, todo lo demás es relativo. “Hágase siempre tu voluntad así en la tierra como en el cielo”.

Nos narra el Evangelio de Lucas (1, 39-56) que, en cuanto María se entera que su prima Isabel, mujer ya muy avanzada en años, se encuentra esperando un hijo (Lc 1, 5-23), no duda en ponerse a su servicio y corre a ayudarla. Ella misma se encontraba encinta, sin embargo, pone el bien de los demás por encima del suyo propio.

María llega a casa de Isabel con algo más que su buena voluntad, llega a aquella sencilla familia bendecida por Dios con un regalo inmensamente bello: la presencia de Jesús. Isabel no puede contener la emoción y le confiesa: “Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi vientre” (Lc 1, 44). La respuesta de María es el reconocimiento de las maravillas que Dios va obrando en su vida, es el testimonio de que Dios no abandona, sino que cumple su promesa, de que el Reino de Dios ha llegado: “Su misericordia llega a sus files de generación en generación”, “dispersa a los soberbios de corazón”, “derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes”. ¡Dios ya ha comenzado a reinar!

Así, nuestra Madre nos enseña a ponernos al servicio de los demás siendo Buena Noticia para ellos. En el centro de este relato, el de la Visitación, se encuentra la presencia de Jesús. Una presencia aparentemente pasiva, ciertamente silenciosa, pero contundentemente real. Así también debemos ser los hijos de María, pues somos los que portamos a Jesús en nuestro ser y lo llevamos

a los que están en necesidad. Por ello, donde haya un cristiano, un devoto de María, habrá siempre una luz de esperanza y habrá lugar para la alegría. Así nos lo ha venido recordando con tanta insistencia el Papa Francisco, el Evangelio nos habla de las promesas de Dios hacia su pueblo, es un mensaje que nos invita a la confianza y a la esperanza, produciendo de este modo una gran alegría. No en vano nos dice San Pablo “¡Estén alegres en el Señor! Se los repito ¡Estén alegres!” (Fil 4,4).

Podríamos extendernos más describiendo las virtudes de María, pero no es la intención que perseguimos. Lo que hemos mencionado nos sirve ya para reconocer en ella un modelo realizado, un modelo perfecto, de cómo debe ser un discípulo de Jesús. Con su ejemplo, María nos enseña a ser auténticos creyentes, auténticos seguidores de su Hijo Jesús.

En síntesis. Tener fe en Jesús es corresponder al Amor que Dios tiene por nosotros. El mejor modo de hacerlo es por medio del amor a los hermanos, de manera especial a aquellos que sufren. Por eso, el amor cristiano es tan concreto que se puede ver, principalmente en el esfuerzo y el compromiso que hacemos por aliviar las penas, el dolor, la tristeza, la soledad... de los demás. Comprometernos con este esfuerzo es ponernos al servicio del gran proyecto de la vida de Jesús, la construcción del Reino de Dios aquí y ahora. Nuestra devoción a la Virgen María es auténticamente cristiana y coherente con nuestra fe cuando nos ayuda a reafirmarnos en el compromiso por la causa del Reino. En esta tarea, María es modelo e inspiración. Aquéllos que la reconocemos como Madre de Dios y Madre nuestra, imitamos sus virtudes. Ser devotos de la Virgen María quiere decir ser mejores cristianos. Ser devotos de la Virgen María, nos hace mejores cristianos.

A ejemplo de Don Bosco, hijos de María Auxiliadora

Nos dice San Pablo: “Sean imitadores míos, como yo lo soy de Cristo” (1 Cor 11, 1). De igual modo, nosotros encontramos en Don Bosco un ejemplo de fe y seguimiento de Jesús. Por ello, tenemos la certeza de que imitándole en sus convicciones y actitudes, podremos también ser auténticos discípulos-misioneros del Señor. Nuevamente, es oportuno recordar, que lo más importante

para el creyente es construir el Reino de Dios; tanto la devoción a la Virgen, como el carisma salesiano, son medios y estilos –en nuestro caso, constitutivos- de realizar esta vocación que hemos recibido de Dios, la de ser cristianos.

Ahora bien, como participes del carisma salesiano, el modo cómo realizamos esta vocación se encuentra inevitablemente relacionada a una persona, a un nombre: Don Bosco. Dios ama a todos sus hijos y quiere que todos ellos se salven y lleguen a la plenitud de vida. Por ello, por medio del Espíritu Santo, en la Iglesia suscita una gran variedad de carismas para atender las distintas necesidades de sus hijos. Es así que también nuestro carisma salesiano es una muestra del amor y cariño que Él tiene por sus hijos, y en este caso particular, por los jóvenes. Por eso, hizo de Don Bosco un hombre lleno de virtudes y dones humanos y espirituales, que le alcanzaron ser el padre de una gran familia religiosa y el modelo de un carisma y espiritualidad que hoy engloba a miles alrededor de todo el mundo.

La espiritualidad salesiana, la de Don Bosco, se apoya en tres pilares fundamentales, distintos pero inquebrantablemente relacionados entre sí: Jesús Eucaristía, la Iglesia y María Auxiliadora. Tal es la relación entre estos tres pilares, que no puede disminuir uno, sin riesgo de afectar a los otros. Y de igual modo, no puede alguno crecer sin acrecentar también a los demás. En una especie de sistema, estos tres pilares se entremezclan y afectan para formar una única espiritualidad.

En este sentido, es oportuno aclarar que por espiritualidad no entendemos, de ninguna manera, aquello que nos aparta del mundo, o aquello que pretende distinguirse en relación de oposición con los gozos de la vida, menos aún lo que nos encierra en una vida de oración eremítica, algo así como una expresión de un egoísmo solipsista. Sino que, *por espiritualidad entendemos aquella fuerza interior que, afectando toda nuestra vida, nos lleva a comprometernos cada vez con más radicalidad con el Reino de Dios*. La espiritualidad, no es pues un sedante contra los sufrimientos del mundo, sino que es un antibiótico que ataca los virus de la indiferencia, el quietismo, la comodidad; y así, ya desintoxicados de estos males, poder asumir el compromiso serio y decidido por la

transformación de la sociedad, es decir, por la implantación del Reino de Dios. Así lo entendió Don Bosco.

Don Bosco es un santo que ha mantenido un especial recelo por su vida interior. Para gran pesar nuestro, él no nos dejó grandes escritos sobre su espiritualidad, o sobre cómo vivía su relación con Dios. Sin embargo y a pesar de ello, tenemos la certeza de que fue un hombre que gozó de una espiritualidad incomparable, como pocos en la historia de la Iglesia.

Don Bosco tuvo una experiencia tan profunda de Dios que Don Rúa, que lo conocía como nadie, no dudó en afirmar: “Vivía como si viera al invisible”. Ahora, en nuestro caso, puede surgir la pregunta del por qué me atrevo a afirmar con tanta seguridad que Don Bosco fue un hombre de Dios, habiendo dicho que poco nos dejó conocer de su mundo interior. La única repuesta que tengo es: Porque de otro modo no se puede entender todo lo que él hizo. Donde muchos veían sólo prados con yerba, él veía Iglesias y escuelas; en quienes muchos veían la vergüenza y el peligro mayor para la sociedad, Don Bosco veía el más seguro –tal vez el único- potencial transformador del mundo (¡los jóvenes!); a ellos, en quienes otros no hubiesen confiado lo mínimo, él les encomendó obras titánicas. No podemos explicar sus decisiones, algunas de ellas aparentemente descabelladas, sino es por medio de una fe y un abandono total en la Providencia de Dios. Negar que Don Bosco gozó de una espiritualidad tan profunda, fruto de una relación íntimamente cercana con el Señor, a tal punto que prácticamente rayaba ya en lo sobrenatural, sería como arrancarle el corazón y poner en su lugar un reloj de cuerda.

En el corazón mismo de esta espiritualidad se encontraba un amor filial e incuestionable por María, la Madre del Señor. En general, una de las características de todos los santos es un amor especial por nuestra madre, pero en Don Bosco este amor es –en el buen sentido- exorbitante. Decía él mismo: “¡Oh! Si supieses cuánto vale esta devoción no la cambiarías por todo el oro del mundo. Procura tenerla y espero que algún día puedas decir: *junto con ella me vinieron todos los bienes*”. El amor de Don Bosco por la Virgen comenzó desde sus primeros años de infancia, cuando de los labios de Mamá Margarita aprendió a decir: *Dios te salve*

María... Con el pasar del tiempo, Juanito Bosco fue tomando una clara conciencia de i) la presencia real de la Virgen en la vida del creyente; ii) de su importancia para la fe del cristiano; iii) de la eficacia de esta devoción y; iv) del compromiso que implica el ser devoto de María Santísima, la Madre de Dios. En su historia espiritual, fueron varios los títulos –advocaciones- con que Don Bosco se dirigía a la Virgen, sin embargo, su espiritualidad mariológica puede sintetizarse bajo el título: *Inmaculada Virgen Auxiliadora*.

Bajo este nombre, Inmaculada Virgen Auxiliadora, se encuentra una preciosa síntesis entre esfuerzo de crecimiento personal y compromiso con el Reino de Dios. Invocando a María como *Inmaculada*, Don Bosco quería promover entre sus jóvenes y salesianos el compromiso de erradicar de sus vidas todo aquello que desdiga a un buen cristiano. Así como la Virgen es Inmaculada, es decir sin mancha, los que le invocan bajo este nombre son aquéllos que deciden declarar una guerra sin cuartel a todo aquello que nos aleje de Dios, en primer lugar el pecado. Por su parte, el título de Auxiliadora nos hace reconocer que nuestra Madre está siempre presta a brindar ayuda a sus hijos necesitados, más todavía cuando aparecen situaciones que amenazan grandemente. ¡Auxilio! Es casi un grito desesperado que surge en los momentos de real peligro, y allí está Ella, siempre dispuesta a socorrer a sus hijos en necesidad. De igual modo, los que invocan a María bajo el título de Auxilio de los Cristianos, son aquéllos que se comprometen en llevar el auxilio maternal de María a la sociedad tan necesitada de testigos de solidaridad, misericordia, compasión, esperanza.

Para Don Bosco, la devoción a María Auxiliadora, no fue un simple sentimentalismo, sino un amor verdadero, traducido en obras concretas. Basta leer cualquiera de sus escritos para reconocer cuánto amaba Don Bosco a la Virgen y cuánto se sentía querido por Ella. Y así como veía cómo la Virgen actuaba con signos visibles en su vida (por medio de colaboradores, de protección y bendición sobre sus jóvenes y salesianos, por medio de la expansión de sus obras, etc.), él correspondía del mismo modo. A nivel personal, no se cansaba de invocarla y dedicarle oraciones. Así mismo, no había ocasión en la que no hablase de Ella a propios y extraños, de manera especial a sus jóvenes. El efecto producido, tal vez la flor más bella que entregó Don Bosco a la Virgen, fue

que muchos por medio de él aprendieron a amarla y se convirtieron en otros propagadores de esta devoción. La devoción de Don Bosco por María Auxiliadora, puede sintetizarse en cinco verbos, conjugados hacia ella, que contienen todo un mundo espiritual, una auténtica relación de madre e hijo: i) conocerla; ii) amarla; iii) invocarla; iii) imitarla y; iv) hacerla amar. Estos cinco verbos se tradujeron en la vida de Don Bosco en tres monumentos vivos, que llegaron hasta nuestros días: I) El instituto de las Hijas de María Auxiliadora; II) La Obra de María Auxiliadora en favor de las vocaciones adultas; y III) La Asociación de Devotos de María Auxiliadora.

Don Bosco no se conformó con vivir devoción personal e intimista hacia María Auxiliadora, sino que además quiso sumergir a muchos otros dentro de esta experiencia. Don Bosco siempre buscó el bien de los otros, su salvación. Y si bien los primeros destinatarios de este esfuerzo fueron sus salesianos y sus queridos jóvenes, su amor y su celo por la Virgen le llevaron a crear distintos grupos, así todo el que quisiese, de acuerdo a su condición, encuentra un lugar apropiado para experimentar su amor, rendirle homenaje y vivir su espiritualidad.

Por medio de la fundación de las **Hijas de María Auxiliadora (FMA)**, Don Bosco quiso, junto con Santa María Dominga Mazzarello, dar la oportunidad a que las muchachas, unas como religiosas, otras como laicas, pudiesen acceder a una educación tal que les permitiese ser *buenas cristianas y honestas ciudadanas*. Las Hijas de María Auxiliadora, pasaron a realizar el mismo trabajo que realizan los salesianos con los jóvenes, con las niñas y señoritas. Por medio del trabajo de las FMA miles de muchachas no sólo han conocido a Dios, sino que además han adquirido una educación tal que les ha hecho capaces de ser también constructoras del Reino de Dios.

De igual modo, los beneficiarios de la **Obra de María Auxiliadora, o también llamados “Hijos de María”**, fueron aquéllos que deseaban entregar su vida a Dios por medio del ministerio sacerdotal, pero por lo avanzado de su edad (en ese tiempo, alguien que tuviese más de 20 años, era ya considerado una “vocación adulta”) se veían impedidos. Este grupo fue el medio por el cual

cientos lograron poner toda su vida al servicio de los jóvenes. Don Bosco no se equivocó, los Hijos de María fueron tomando fama de ser sacerdotes santos. Era difícil no ver en ellos el favor de la Virgen.

La **Asociación de Devotos de María Auxiliadora**, hoy conocido como ADMA, es un grupo de personas laicas y consagradas, que se ocupan de vivir y propagar la devoción a María Auxiliadora. Este grupo, fundado por el mismo Don Bosco en 1869, nació con motivo de la inauguración de la Basílica de María Auxiliadora en Turín y a partir de allí se ha expandido por todo el mundo. En su primer reglamento, de propia pluma, Don Bosco describe la razón de este grupo: “Se buscaba que éstos –los devotos- se mantuviesen unidos por el mismo espíritu de oración y honrasen a la excelsa Madre del Salvador con el hermoso título de *Auxilio de los Cristianos*”. Así también, nos dice que los cófrades persiguen dos objetivos: “Propagar la devoción a la Santísima Virgen y fomentar el culto a Jesús Sacramentado”. Así, hombres y mujeres de cualquier condición podían comprometerse para rendir culto a María Auxiliadora.

Además de estos tres monumentos vivos de Amor a la Virgen, Don Bosco realizó también otras obras importantes que perduran hasta nuestros días. Podemos citar, por ejemplo, el amplio material bibliográfico que nos dejó, entre los que sobresalen sus obras: *Mes de Mayo* (1858) y *Maravillas de la Madre de Dios invocada con el título de María Auxiliadora de los Cristianos* (1868). Ocupan también un lugar importante el *Cuadro central de la Basílica y la Bendición de María Auxiliadora*. Ambos relacionados entre sí, convierten el Templo construido por Don Bosco en Turín, como el corazón de la espiritualidad salesiana. Tanto el Cuadro de María Auxiliadora, como la Bendición, fueron cuidadosamente pensadas por él, muy consciente –tal vez- de que sería el centro de peregrinaje de toda su familia religiosa, además del centro irradiador de su espiritualidad y pedagogía. Ambos están llenos de significado y desean mostrar con claridad que invocar a la Virgen es prenda segura para recibir su Auxilio.

El amor de Don Bosco a la Virgen María moldeó su espiritualidad y su pedagogía

La devoción a la Virgen María, moldeó su estilo pedagógico y su espiritualidad. En el famosísimo sueño de los 9 años, aquel “hombre venerado de aspecto varonil y noblemente vestido”, le enseña el modo cómo debía convertir a aquéllos animales feroces en corderos: “No con golpes, sino con la mansedumbre y con la caridad...”. Es lógico que Juanito entendiese poco de la misión que le encomendaban, ante su confusión, aquel personaje le responde: “Yo te daré la maestra bajo cuya disciplina podrás llegar a ser sabio, y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad”. Es, pues, María quien a lo largo de su vida, especialmente por medio de sus sueños, irá delineando en Don Bosco su estilo pedagógico. Ella es la maestra que formando al formador, le enseña a enseñar. María Auxiliadora se encuentra no sólo en el centro de nuestra espiritualidad, sino también en el centro mismo de nuestra pedagogía.

Don Bosco pasó a la historia como uno de los más grandes educadores de su siglo. Son muchas las cosas que sorprenden y levantan la admiración hacia tan grande personaje, entre ellas, surge en forma de pregunta: ¿Cómo pudo un hombre sin formación ni pedagógica, ni educativa específica, convertirse en el iniciador de un nuevo sistema educativo? La respuesta nos la da él mismo. Don Bosco aprendió el arte de educar a la juventud por medio del contacto cotidiano con los jóvenes, por medio de la experiencia de ser su padre, maestro y amigo. No frecuentó, pues, ningún instituto pedagógico, pero estaba presente allá donde sus queridos jóvenes lo estaban. No se leyó los grandes volúmenes de pedagogía de la época, pero aprendió a leer los corazones de sus hijos con gran maestría. En fin, podemos afirmar que Don Bosco se formó como educador en la escuela de la vida, pero no de cualquier vida, sino la de uno consagrada al cuidado de la juventud.

La pasión educativa de Don Bosco sólo puede ser comprendida a partir de su corazón totalmente entregado al bien de la juventud. Y esta entrega sólo se entiende si es que se reconoce que fue un hombre de Dios. Amaba profundamente a los jóvenes porque amaba profundamente a Dios. Este es uno de los grandes secretos,

guardados con especial recelo, en su vida: para educar con pasión a la juventud, se requiere tener un corazón apasionado por Dios. En esta su experiencia religiosa, la presencia de la Virgen María jugó un papel de gran importancia.

El estilo educativo y pedagógico de Don Bosco se desarrolla inevitablemente en un clima de sana, abierta y expresada cordialidad. Aunque en nuestros días pueda escucharse con extrañeza, es un ambiente en el que los signos de cariño se expresan de modo concreto. “No basta amar, sino que los jóvenes deben darse cuenta de que son amados”, nos dejó escrito en la Carta de Roma. Es así que amabilidad, cariño, cordialidad, amor; son palabras comunes y frecuentes al hablar de pedagogía salesiana, es más, son en este horizonte educativo, condiciones indispensables. En una palabra, Don Bosco educa en un ambiente de familiaridad.

¿Cómo es que él, siendo hijo de una familia campesina dedicada al trabajo duro, logró llegar a tal intuición? Ciertamente su fe y su condición sacerdotal influyeron en su personalidad y en su mentalidad, pero junto con éstas se encuentra la presencia de dos mujeres de las que aprendió que “la educación es cuestión del corazón”: Mamá Margarita y María Auxiliadora. Estas dos presencias femeninas formaron el horizonte de calidez humana en Don Bosco y en su pedagogía y espiritualidad.

El estilo pedagógico salesiano está formado por expresiones de cariño propias de una familia, en donde la paternidad de Don Bosco y la maternidad de la Virgen educaban como se lo hace en cualquier hogar. Son bien conocidos los tres pilares del Sistema Preventivo de Don Bosco: Razón, Religión y Amor; éstos no pueden ser entendido como recetas, sino como actitudes que son al mismo tiempo génesis y consecuencia del ambiente de familiaridad. Los tres pilares, llevan consigo una fuerte carga de espiritualidad.

La razón. Bien la podemos entender, en primer lugar, como sentido común. Que todo lo que se haga tenga una clara intención educativa y formativa, que responda a un por qué. Es también esfuerzo por el cultivo de la racionalidad por medio del estudio y el cultivo de la ciencia. La razón en el Sistema Educativo de Don Bosco, nos lleva también a reconocer que la educación forma a la

persona para que construya, defienda y promueva la familia. Entendida no solo como opción libre, sino también como exigencia de nuestro tiempo. No hacerlo sería asumir una actitud *irracional* frente a los desafíos de la sociedad contemporánea.

La religión. Es en primer lugar encuentro-relación cercana y personal con Dios. Todo encuentro personal nos cambia y transforma. Encontrarnos con Dios transforma nuestra vida, la hace mejor, la humaniza. Por ello, Don Bosco cultivaba e inculcaba la religión en su oratorio con ahínco, para él, una auténtica educación sin fuertes motivaciones religiosas era algo imposible. ¡Y lo conseguía! Muchos de sus jóvenes llegaron a cultivar una relación tan profunda y auténtica con Dios que incluso rayaba en lo sobrenatural. Las consecuencias eran evidentes, en el Oratorio se respiraba religiosidad porque se veía respeto, solidaridad, confianza, alegría... Los jóvenes sabían que en aquel lugar, tan necesitado de tantas cosas, se encontraba su familia, la que Dios les había dado y la cuidaban, la respetaban la protegían.

El amor (cariño). Este último pilar es el que al final regula, ordena, condensa y une todo el sistema, es su fuerza vital. Cuando él habla de amor en la educación, no lo hace ni en modo abstracto, o poético, sino en modo concreto y visible. Y es que en la casa de Don Bosco la bondad educa, así como lo hace la cercanía, el diálogo y el buen trato; lo hace también el ejemplo de los compañeros y el respeto que les manifiestan y ofrecen los educadores. Al igual que en una familia, no es la fuerza física, ni la autoridad coercitiva, sino que es el amor el que une, genera y fortalece los lazos en su interior, es el que ordena los roles. Siendo que él venía de una familia, hoy diríamos “disfuncional”, ¿Cómo aprendió la importancia del amor en la educación? No nos cabe la menor duda, aprendió a educar de esta manera gracias a la guía maternal, primero de Margarita y luego de la Virgen María. Ellas formaron en él la convicción de que sin amor no puede haber auténtica educación.

En nuestro carisma, la pedagogía es una espiritualidad y nuestra espiritualidad se vive como pedagogía. En la mente de Don Bosco, el acto educativo es un modo de vivir la espiritualidad, así como la espiritualidad lleva necesariamente al compromiso con la educación. Por ello, más que largas oraciones él prefería que se

realizasen actos que redundasen en favor de la educación y evangelización de la juventud. Dentro de su espiritualidad, la devoción a la Virgen María, a la Inmaculada Virgen Auxiliadora, ocupaba un lugar privilegiado; ésta también nos lleva a el compromiso con la educación-evangelización de la juventud menos favorecida.

Tanto la pedagogía, como la espiritualidad salesiana, así como caracterizó a Don Bosco a lo largo de toda su vida, se viven con un claro sentido práctico. No concebía una espiritualidad que estuviese alejada del compromiso de cambio de vida y del apostolado en pro de la juventud. Tampoco la podía entender desde una perspectiva intimista y egoísta. Por el contrario, las entendía como un mecanismo que lleva al cambio de vida en compromisos concretos y cotidianos.

La devoción a la Virgen María, cuando es sincera está siempre acompañada de obras que van en favor de los demás. “A María Santísima, insistía Don Bosco, no le agradan los obsequios de los que quieren continuar viviendo en pecado”. La devoción a María Santísima debe transformar nuestra vida llevándonos a un crecimiento humano y al compromiso cristiano en favor de los menos favorecidos.

Podríamos seguir ampliamente dando ejemplos de cómo Don Bosco tradujo en obras concretas su amor por María, la Inmaculada Virgen Auxiliadora. Sin embargo, con lo ya mencionado tenemos ya material suficiente para mostrar que, en su mentalidad y espiritualidad, la devoción a la Virgen María estaba muy alejada de un ritualismo mecanicista, o de una complejidad y densidad conceptual.

Don Bosco, gran educador de los jóvenes, era enemigo de pesadas oraciones, de largas fórmulas, de la multiplicación de prácticas de piedad dichas de modo mecánico. Más por el contrario, recomendaba a todos los que encontraban en contacto con él, tener siempre en los labios la fórmula: *María Auxiliadora de los Cristianos, ruega por nosotros*. Así, en su sencillez, la devoción mariológica que él inculcaba era un aliciente para el crecimiento humano y cristiano.

Tal vez podríamos resumir su devoción mariana parafraseando un poco su Carta de Roma, de la siguiente manera: *No basta amarla, sino que debemos mostrarle que la amamos por medio del cuidado de sus hijos y el crecimiento personal en la virtud.*

En síntesis. Somos devotos de la Inmaculada Virgen Auxiliadora, porque la amamos y queremos imitar sus virtudes. Ser devoto suyo consiste en: i) conocerla; ii) amarla; iii) invocarla; iv) imitarla; v) hacerla amar. Por ello, ser devoto de María Auxiliadora consiste en hacer presente el Reino de Dios en el mundo, por medio de nuestro trabajo en favor de la evangelización y educación de la juventud. Realizamos nuestra vocación de cristianos en el seno de la Iglesia, y lo hacemos al estilo de Don Bosco, tomándolo como modelo y siguiendo las huellas por él trazadas. Así participamos con él de su misión y tenemos la seguridad de que quien nos llama a cumplirla será también quien nos premie.

II. LA VIRGEN MARÍA NOS AYUDA A SER FAMILIA CRISTIANA

La fe cristiana debe transformar toda nuestra vida. La fe no es un añadido, por el contrario, es aquello que configura nuestro modo de ser y actuar. Sin embargo, muchos no lo entienden así. Entre los creyentes se corre el riesgo de hacer una especie de separación entre lo que es de Dios y lo común del día a día. Separación entre fe y vida cotidiana. Por ejemplo, de un modo equivocado, creen que el participar de la celebración de la misa los domingos pertenece al horizonte de lo sagrado, al deber religioso; mientras que luego compartir el almuerzo con la familia es algo del común de la rutina y que nada tiene que ver con lo que se celebró momentos antes. Esta visión está del todo equivocada, pues de este modo se hace una separación entre lo que pertenece a Dios y lo que pertenece a lo nuestro, lo humano. Jesús nos enseña que la historia de Dios es la historia del hombre.

Dios se nos manifiesta momento a momento en nuestra vida, somos sus hijos. Es cierto que existen lugares y acciones sagradas por excelencia en los que todo nos lleva a encontramos con Dios, por ejemplo: los Sacramentos, la Sagrada Escritura, el Templo, la oración; sin embargo, no debemos buscarlo solamente allí. Y es que Dios ama tanto a sus hijos que desea acompañarlos en los distintos afanes de su día a día, compartiendo con ellos sus gozos y esperanzas, sus miedos y dolores. Dios es nuestro acompañante en el camino de nuestra vida.

Por ello, como creyentes, debemos hacer el esfuerzo por tener bien abiertos los ojos de la fe, que de tal modo nos permitan descu-

brir a Dios en las distintas realidades que vivimos. Este es el tipo de santidad propuesta en nuestros días, aquélla que nace de poder reconocer la presencia de Dios en las distintas situaciones humanas (buenas y malas) y afrontarlas de acuerdo a nuestra fe. Por eso afirmamos que, la fe está llamada a transformar toda nuestra vida: nuestro modo de relacionarnos con los demás, con el mundo y con nosotros mismos. Tener fe, pues, no consiste en cumplir con algunos preceptos y normas, tampoco con participar de algunos momentos culturales; sino, *tener fe consiste en vivir como cristianos*. Ser creyente consiste en transparentar momento a momento las enseñanzas de Jesús, el Maestro.

El creyente es una persona común que busca ser un signo de la presencia de Dios al mundo. En el Evangelio, Jesús nos dice que somos *sal de la tierra y luz del mundo* (Mt 5, 13-16) porque hacemos el esfuerzo de reflejar a Dios, por medio de nuestro compromiso con el servicio, la reconciliación, la solidaridad, el perdón, la justicia; y todos los otros valores del Reino de Dios. Este modo de ser del cristiano no consiste en un simple esfuerzo de voluntad, sino que es la respuesta a una iniciativa de Dios. Es Él en primer lugar quien, por medio de Jesús, nos muestra cómo es y nos invita a entrar en comunión con Él. Para cumplir esta nuestra vocación, la de reflejar a Dios con nuestra vida, debemos primero conocer cómo es Él.

Nuestro Dios es una Familia

Jesús nos enseña y revela que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es decir que el Dios en el que creemos, el *Dios de nosotros los cristianos es una Familia*. Esta es una de las más grandes revelaciones que nos ha hecho Jesús, es una revelación importantísima y sin precedentes. Ya los Israelitas, como lo vemos en el Antiguo Testamento, llegaron a reconocer a Dios como Uno y único. Los judíos llegaron al monoteísmo y llamaron “Yhavé” a su Dios. Jesús, en el Nuevo Testamento, confirma que Dios es sólo Uno y que es único, pero además enseña algo del todo novedoso, que siendo un único Dios es al mismo tiempo Trinidad, es decir que, está compuesto por Tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Un solo Dios en tres personas.

No es extraño que a nuestra mente le cueste comprender este misterio. Sin embargo, conforme nos vamos adentrando en la vida de fe, reconocemos la veracidad de la Revelación de Jesús. Y es que a Dios no podemos comprenderlo, menos aún explicarlo, sólo podemos experimentarlo y sentirlo.

Cuando se trata de hablar de Dios, todas las palabras e ideas quedan cortas; querer encerrar a Dios en una combinación de palabras, es como pretender encerrar al sol en una caja de cartón. Por ello, la Iglesia llama al discurso sobre Dios, el *misterio de la Santísima Trinidad*. Es un misterio porque es parte de Su plan salvífico, pero también porque la mente humana nunca podrá comprenderlo en plenitud, nuestra inteligencia es finita, y Dios es infinito. A pesar de ello, gracias a la Revelación de Jesús, sabemos que Dios es Uno y Trino.

Dios Trinidad, el Dios de nuestra fe, es una comunidad de Amor, y así es el modelo perfecto de familia. Es un único Dios, pero que está compuesto por Tres Personas totalmente distintas entre sí. El Padre es el Padre y no es ni el Hijo, ni el Espíritu Santo. El Hijo es el Hijo y no es ni el Padre, ni el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el Espíritu Santo y no es ni el Padre, ni el Hijo. Cada una de estas personas tiene una propia personalidad y una misión única. Siendo personas distintas, en la Trinidad reina la armonía y la unidad, porque cada uno vive para los demás. En la Trinidad, cada persona divina sale de sí misma para entregarse a las otras dos, siempre hay inclusión, nunca exclusión. ¿Qué quiere decir esto? ¡Que Dios es Unidad en la diversidad! Nuestro Dios es una familia, compuesta por Tres Personas divinas que siendo distintas entre sí, se aman y se sirven mutuamente a tal punto que se convierten en una Unidad Perfecta. La Trinidad es una familia en la que el amor prevalece de un modo perfecto por encima de la diferencia. ¿Cómo afecta esto nuestra fe y nuestra vida?

El ser humano, más aún el creyente, está llamado a ser *imagen y semejanza de Dios* (Gn 1, 26). Si creemos en un Dios que es Familia unida por el Amor, nuestra vida debe ser un esfuerzo por hacer que en el mundo exista cada vez más unidad y comunión; un esfuerzo por superar la exclusión y la discriminación. La principal tarea del creyente, como ya dijimos más arriba, es la de reflejar a

Dios por medio de su vida; por tanto, si Dios es Unión y Comunión, el creyente debe hacer que su vida sea un compromiso por la unidad, a pesar de la diversidad. Notemos que en la Trinidad se respeta la diferencia, ella no es un impedimento para lograr la comunión, por el contrario, es la condición para que ésta sea auténtica. La comunión no es sinónimo de uniformidad -de tipo militar- sino signo de la victoria del bien común por encima del bienestar egocentrista. En la Comunidad Trinitaria, siempre hay lugar para la libertad y la autodeterminación.

Crear en un Dios Trinidad es hacer un compromiso vital por trabajar por la comunión de los seres humanos. En palabras de Jesús: “Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 21).

En síntesis: Nuestra fe cristiana está puesta en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Este Dios Trinidad es una comunidad perfectamente unida por el amor, a pesar de la diversidad. Siguiendo está lógica, la comunión y la solidaridad son indicadores de la presencia de Dios en las personas y las comunidades. “Porque donde están dos o tres re-unidos en mi nombre, allí estoy yo, en medio de ellos” (Mt 18, 20). La división y el individualismo son signos de la presencia del maligno. La vocación-tarea de todo cristiano consiste, pues, en hacer presente a Dios donde se encuentre, por medio del trabajo en favor de la comunión y la unidad. Así, día a día el cristiano se va adentrando en la realidad misma de Dios, va poco a poco formando parte de la comunión trinitaria. Ser cristiano es ser parte del Dios que es Familia y de la familia de Dios.

La Iglesia es la comunidad, la familia, de los que creen en Dios Trinidad. A los miembros de la Iglesia nos une la fe en Dios y la misión que nos encomienda el Señor: “ser sal de la tierra y luz del mundo” (Mt 5, 13-16). Como bautizados, somos parte de la Familia de Dios, Él confía en nosotros la misión de ser signos de su presencia. A pesar de nuestras muchas fragilidades, Dios confía en nosotros y nos da la misión de llevar la Buena Nueva del Evangelio a todas las naciones de la tierra. Como repetidas veces nos lo ha dicho el Papa Francisco: “la Iglesia no es un museo de santos,

sino un hospital de pecadores”. La Iglesia trata de ser familia de Dios y que todos los hombres sean parte.

Nuestra fe trinitaria y el compromiso con la misión de la Iglesia, son los medios por los cuales construimos y buscamos de hacer presente el Reino de Dios. Nuestra fe nos humaniza.

María nos ayuda a ser discípulos-misioneros de Jesús

La Virgen María es la Madre de Dios y la Madre de la Iglesia. Por tanto, *Ella es la Madre del Dios Familia y Madre de la Familia de Dios*. Esto nos muestra la profunda relación que existe entre ellos. La devoción a la Virgen María, por tanto, nos lleva naturalmente a la fe en Dios Trinidad y de este modo nos compromete con la misión de la Iglesia. Esto no es otra cosa que afirmar que María nos hace parte de la Familia de Dios, una Familia de la que Ella misma es la Madre.

Nuestro amor y devoción por la Virgen María debe hacernos mejores cristianos. No podemos reducir nuestra devoción a María a un conjunto de oraciones y prácticas devotas, muy bellas y notorias, pero del todo desligadas con nuestro compromiso de bautizados.

Por el contrario, el cariño que tenemos y profesamos a la Madre de Dios, debe verse claramente reflejado en nuestro empeño por vivir los valores del Evangelio, esto es, por hacer de este mundo el lugar de la Familia de Dios, transparentar y hacer presente el Reino de Dios. De igual modo, nuestro amor y devoción a la Virgen, si es auténtica nos lleva a ser asiduos con la práctica y vivencia sacramental.

Nuestra Madre fue la primera y mejor discípula del Señor, por ello se convierte para nosotros en modelo de cómo ser auténticos cristianos. En su vida terrena, fue una sencilla mujer, nacida en el seno de una familia del todo popular. Así, ella es para nosotros una muestra de la complacencia que Dios siente por sus hijos pequeños y sencillos, por los pobres. Siendo de condición humilde, y más aún siendo mujer, no podía conocer a profundidad la enseñanza de la Ley y las profetas (lo que hoy nosotros llamamos

el Antiguo Testamento). Sin embargo, tuvo la sabiduría necesaria para poder reconocer la voluntad de Dios sobre su vida y ponerla por obra. María es la mujer que supo llevar a la práctica de modo perfecto el: “Aquí estoy Señor para cumplir tu voluntad” (Sal 40).

María es para nosotros ejemplo de cómo permanecer siempre con Jesús. Ella permanece siempre al lado de su Hijo. Lo hace en medio de las dudas y confusiones de su peculiar nacimiento (Lc 1, 26-37).

Está junto a él en los momentos de gozo, como en las Bodas de Caná (Jn 2, 1-12), o en la curación de los enfermos; pero lo está también en los momentos de incompreensión, como cuando sus familiares lo consideran loco (Mc 3, 21). María está con Jesús cuando todos sus amigos lo abandonaron, allá en el suplicio de la cruz (Jn 19, 25). Y en el gozo de saberlo y verlo resucitado, allí está María, junto con los discípulos, que son ese tiempo la Iglesia (Hch 1, 14). María nos enseña a estar junto al Señor en todo momento.

Muchas son las virtudes que adornan a nuestra Madre, empero la que más sobresale es su fe. María es la mujer de la total confianza y del abandono absoluto en la Providencia de Dios. Todas las referencias que tenemos de la vida de María en la Sagrada Escritura, nos la describen como la mujer de fe profunda. Aquél “Si” dado al Ángel Gabriel el día de la Anunciación, se repitió día a día, momento a momento, durante toda su vida. Sin embargo, su fe no se quedó en un ámbito interior, como un sentimiento egoísta, sino que se tradujo en servicio a los demás, en actitud de silenciosa humildad, en solidaridad para con los más necesitados, en una profunda vida de oración, en cercanía con la Iglesia, en fortaleza que supo transmitir a los que pasaban tribulación. En fin, nuestra Madre nos enseñó con su vida terrena que seguir a Jesús, su Hijo, debe transformar toda nuestra vida. La fe cristiana nos lleva a convertirnos en otros cristos.

Ser devotos de la Virgen María, es decir, reconocerla como nuestra Madre, es para nosotros un compromiso por imitar sus virtudes, particularmente su fe y disponibilidad para descubrir la voluntad de Dios y ponerla por obra. No podemos desligar nuestro amor a la Virgen de nuestro compromiso cristiano, de nuestro

esfuerzo por hacer que en este mundo haya más comunión y menos exclusión. La devoción que profesamos a María, la madre del Señor, nos lleva a comprometernos cada vez más con la causa del Reino de Dios. Éste es el sueño de Dios para nosotros sus hijos, que vivamos en comunión, superando las barreras que generan el egoísmo, el orgullo y la ambición; que seamos como Él es.

Ahora bien, este nuestro compromiso por el Reino de Dios, siguiendo las enseñanzas de Jesús e inspirados por el ejemplo de María, se realiza en todas las realidades de nuestra vida. Es cierto que el proyecto del Reino es ambicioso y busca transformar la realidad toda, sin embargo, comienza por lo pequeño, por aquello que vivimos cotidianamente. Por eso, cuando Jesús habla del Reino lo compara con un granito de mostaza, parece insignificante, pero cuando se arraiga y se desarrolla se convierte en un árbol imponente (Lc 13, 19). Así, nuestro compromiso cristiano debe comenzar por casa, en nuestra propia familia o comunidad religiosa.

El Hijo de Dios nació en el seno de una familia. Esto no puede ser de modo alguno indiferente en nuestra fe, todo lo contrario, es un hecho fundamental. De ello aprendemos que, dentro del plan de salvación de Dios, la familia ocupa un lugar de gran importancia. Así, Dios nos enseña que su naturaleza es la relación interpersonal, camino por el cual nosotros alcanzamos nuestra propia salvación. No podemos ser cristianos alejados de los demás, más aún, nuestra fe nos lleva a buscar la relación de proximidad con el otro. Un discípulo-misionero agradece, cuida, defiende y ama entrañablemente su familia; pues es uno de los regalos más preciosos que vienen del Señor. En la familia encontramos la presencia de Dios, en ella y por medio de ella descubrimos Su rostro.

Tanto quiere y confía Dios Padre en la familia que quiso que su Hijo quedase bajo su cuidado y autoridad. En efecto, Jesús, como cualquier otro niño y joven, en su proceso de maduración humana y de fe, estaba bajo el cuidado, protección, guía y autoridad de sus padres. Este fue el camino por el cual aprendió a ser humano. En el seno de la familia de Nazareth se formó la cuna de humanización y evangelización de toda la humanidad. Fue allí, en aquél hogar sencillo y pobre, bajo la atenta mirada de José y el cuidado maternal de María que Jesús se formó como un ser humano perfecto.

La familia de Nazareth es el modelo consumado de comunidad del amor para los discípulos-misioneros. Con la mirada puesta en ella, asumimos nuestro compromiso de bautizados para hacer que nuestra propia familia refleje sus valores y sentimientos. Su sencillez, humildad y pobreza son para nosotros un signo claro de que para realizarlo no se necesita de grandes conocimientos o bienes, sino un corazón bien dispuesto a acoger la Palabra de Dios y ponerla por obra. Las duras crisis que ellos sufrieron, son para nosotros consuelo de saber que los problemas y dificultades no son señal de ausencia de Dios, sino consecuencia de estar con Él y esperanza puesta en Su actuar. El modo profundo cómo vivieron su fe en el hogar, es para nosotros maravillosa lección de una espiritualidad familiar. El centro de unión a partir del cual todo lo anteriormente dicho es posible, es Jesús. La familia cristiana se caracteriza no por lo que hace, o lo que piensa, sino por tener a Jesús en su seno, porque lo acoge y lo lleva a otros.

María es signo de la presencia de la Sagrada Familia. Donde Ella está, se encuentra también Jesús. María fue maestra, en los años de infancia de Jesús, y luego discípula de su Hijo. Con el pasar del tiempo, a medida que mejor fue conociendo a su hijo fue descubriendo también la Voluntad de Dios Padre sobre su vida, sobre la vida de su Hijo y su Familia. Ella nos lleva a su Hijo y nos lo entrega, así con ellos junto a nosotros, la nuestra se hace una familia cristiana.

Ser Familia Cristiana

La familia es la célula fundamental de la sociedad. Cualquier cambio social, sea positivo o negativo, es el reflejo de lo que viven las familias que la componen. Si pretendemos construir una sociedad más justa, pacífica y solidaria; no podemos dejar de poner atención a su célula fundamental. En el trabajo por la promoción y el cuidado de la familia todos los actores sociales estamos comprometidos, independientemente de nuestra condición social, cultura o religión. Hoy, el asunto de la familia debe estar en el centro de las preocupaciones de todos los que buscan algún cambio positivo. No podemos ser buenos ciudadanos, si es que no nos comprometemos con la defensa, cuidado y promoción de la familia.

También para la Iglesia, la familia es destinataria prioritaria de su cuidado pastoral. Bien se dice que el futuro de la sociedad depende del futuro de la familia, lo mismo podemos afirmar de la Iglesia. Por ello, como nos dice el Papa Francisco: “La alegría del amor que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia”, así también sus dolores son motivo de preocupación y tristeza.

El trabajo de evangelización no puede realizarse si no es con el apoyo de la Familia. Y ésta encuentra en la Iglesia un apoyo seguro para su constitución, fortalecimiento y sanación. Como también nos dice el Papa: “La Iglesia es un bien para la familia, la familia es un bien para la Iglesia”.

La Iglesia es una familia y la familia es Iglesia. Una aprende y acompaña a la otra, así va asumiendo su propia misión y construye la propia identidad. La Iglesia no es un edificio, no la componen sólo los obispos, sacerdotes y religiosas; menos aún la podemos entender como un grupo de gente selecta. La Iglesia es la familia de familias. Es la familia de todos los que compartimos la fe en Jesús, es la comunidad de los creyentes que perseverando en oración junto con María, reconocemos y adoramos a un único Padre común, frente al cual todos somos hermanos. Iglesia somos todos nosotros. Por ello, la familia es Iglesia doméstica, pues refleja en su seno a Dios Trinidad que es amor y unidad; se asemeja a Dios por medio de procreación de los hijos; y mediante su educación se hace parte activa del plan de salvación divino. Ahora bien, para ser un hogar cristiano, la familia debe esforzarse en vivir las virtudes del Reino de Dios, nuestro cariño y devoción a la Virgen María nos ayudan en esta misión.

Una familia cualquier se convierte en familia cristiana cuando vive una espiritualidad matrimonial y familiar. Hablar de espiritualidad no es un asunto sencillo, pues no todos la entendemos del mismo modo.

Para unos la espiritualidad es algo extraño, reservado sólo a un grupo especial de personas elegidas. Otros prefieren ni abordar el tema, pues piensan que está asociada a un sinfín de reglas, oraciones y renunciaciones de las cosas que más les gustan. Otros la entienden sólo como un asunto personal e interior, algo que perteneciendo

sólo al fuero interno, no debe ser tema de conversación. Lo cierto es que existen distintos tipos de espiritualidad, cada una con sus características propias, a nosotros nos interesa conocer la espiritualidad cristiana, la de los discípulos-misioneros del Señor Jesús.

La espiritualidad cristiana consiste en vivir según el Espíritu Santo, así como lo hizo Jesús en su vida terrena. Tenemos la seguridad de que Jesús vivió con plena libertad, totalmente consagrado al servicio del Reino de Dios, en plena unión con Dios Padre, en absoluta solidaridad con el ser humano, particularmente con los que sufren; gracias a su profunda espiritualidad. Ahora bien, debemos recordar que él fue hombre en todo como nosotros, menos en el pecado (Cfr. Hb 4, 15), por tanto, todos nosotros podemos compartir su espiritualidad. Desde nuestra fe cristiana, ser hombres y mujeres espirituales consiste en disponernos y dejar que el Espíritu Santo actúe en nosotros transformando nuestra manera de ser, de pensar y de actuar.

Por ello, vivimos nuestra espiritualidad cuando asumimos el compromiso de la construcción del Reino de Dios, renunciando a nuestros egoísmos y promoviendo la comunión, la solidaridad, la justicia y la paz.

Ser familia cristiana consiste en realizar la vida familiar desde la fe. No se trata, pues, de hacer cosas raras o extrañas, sino de vivir el mandamiento del amor también dentro de la familia: “Les doy un mandamiento nuevo, que se amen los unos a los otros; que, como yo los he amado, así se amen también entre ustedes” (Jn 13, 34). Una familia cualquiera, se hace familia cristiana cuando tiene a Jesús en el centro de su unión y cuando se esfuerzan vivir como él nos enseñó. Ahora bien, en este sentido, el Papa Francisco nos recuerda que “La espiritualidad del amor familiar está hecha de miles de gestos reales y concretos” (No. 315). Es decir que la espiritualidad familiar se puede ver en los esfuerzos claros y concretos que cada miembro de la familia realiza por conservar la unidad en el amor.

El amor cristiano -¡la Fe!- se traduce en obras reales y visibles. La Sagrada Biblia nos dice: “Muéstrame tu fe sin obras y yo te mostraré por las obras mi fe” (St 2, 18). Así, en una familia cris-

tiana los gestos sencillos en apariencia, pero profundos en significado, son la muestra de la fe que los distingue y caracteriza. Por tanto, el respeto, la comprensión, el cariño expresado, el servicio desinteresado, el apoyo mutuo, la alegría por el progreso del otro, el sacrificio hecho por amor al otro miembro de la familia, el saber dar y pedir perdón; la fe orada y celebrada... son algunos de los signos visibles de una familia cristiana, de una familia que vive su fe comenzando en casa.

En síntesis: Una familia cristiana se caracteriza porque vive su fe en el hogar. Esto es, goza de una espiritualidad familiar y matrimonial. Esta espiritualidad se vive día a día en acciones concretas que buscan que la unión en el amor al interior de la familia crezca y que se superen las actitudes que generan división y tensión en su interior. La espiritualidad de la familia cristiana se hace plena cuando hay esfuerzo por reflejar a Dios Uno y Trino, nuestro modelo perfecto de unión en el amor.

María nos ayuda a ser familia cristiana

Una familia cristiana se construye día a día, no podemos pensar que surge de modo espontáneo por la simple reunión de personas. Por el contrario, la familia se va haciendo cristiana en el caminar cotidiano. En líneas anteriores, dijimos que esta identidad puede ser fácilmente identificable por gestos de amor concreto y por un compromiso por superar aquello que genera división y tensión en su interior. Ahora bien, para nosotros creyentes, este compromiso no es sólo un esfuerzo de voluntad, sino la respuesta a un llamado, a una vocación, que viene de Dios mismo: la misión de ser reflejo de la Trinidad en el mundo. Entonces, a partir de las enseñanzas del Papa Francisco, en su encíclica *Amoris Laetitia*, me permito identificar, entre muchas otras, algunas misiones concretas que construyen y refuerzan la identidad de la familia cristiana: (1) el cuidado y la protección de la vida; (2) la educación de los hijos; (3) afrontar y superar las crisis por medio del diálogo y la actitud de comprensión. Para poder cumplir esta misión, nuestra madre nos brinda su apoyo y protección.

1. *La familia cristiana es la cuna de la vida y el lugar donde se realiza su defensa y promoción.* Nuestra fe está puesta en el

Señor de la vida. Con sus palabras, enseñanzas, acciones y signos, Jesús nos muestra con claridad que Dios ama la vida de sus hijos y que desea que su vida sea plena y abundante. La vida digna y plena es signo que demuestra la presencia de Dios. Jesús se identifica con ella cuando nos dice: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14, 6). Un deber de todo cristiano, y de cualquier ciudadano independientemente de su fe, es el compromiso por la defensa y promoción de la vida. Ahora bien, no se trata sólo de vivir por vivir, sino de hacerlo con la dignidad de los hijos de Dios y además buscando el bien de los demás.

Para la fe cristiana, la vida humana es el valor supremo al que todo debe someterse. Dios quiere para nosotros una vida digna, que es mucho más que sólo respirar. En el mundo judío de aquella época, la enfermedad era considerada un castigo de Dios y, por tanto, era razón de estigma y exclusión social. No era extraño que la misma familia de alguien que hubiese nacido con alguna deformación, o algún defecto congénito, lo echará de casa por ser signo de vergüenza social. Cuando Jesús curaba a algún enfermo (ciego, paralítico, lisiado...), no sólo sanaba un mal físico, sino que además devolvía la dignidad de persona al enfermo. Por medio de la sanación, la persona volvía a ser alguien en la sociedad, realmente volvía a nacer (Cfr. Jn 3, 1-8). Esto nos muestra que Dios quiere la vida plena de sus hijos y que se compromete a realizarla.

La familia es el lugar dónde la vida surge, adquiere su dignidad, es cuidada y promovida. Y es que, como nos dice el Documento de Aparecida: “La vida es regalo gratuito de Dios, *don y tarea* que debemos cuidar desde la concepción, en todas sus etapas y hasta la muerte natural, sin relativismos” (No. 464). Particularmente, la familia cristiana está llamada a ser un auténtico nido en la que se genera vida, se la protege y se promueve su dignidad. El cuidado responsable de la vida de los hijos, el respeto por la pareja, el amor respetuoso de los hijos a los padres, al apoyo mutuo que se da entre hermanos... son signos de promoción de una vida según el deseo de Dios. Por el contrario, la violencia, los resentimientos, la ausencia de diálogo, la deshonestidad... son signos de muerte que debemos combatir. La familia cristiana genera vida, trabaja por su dignidad protegiéndola y cuidándola.

De María aprendemos a cuidar y amar la vida. Nos conmueve de sobremanera escuchar los relatos de la concepción y nacimiento de Jesús. Más allá de los aspectos sobrenaturales del relato, nos sorprende la actitud de total apertura y disponibilidad que ella muestra, ese “hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 26-38), es una especie de manifiesto público de gozosa aceptación, un alegre *SI a la vida*, un ejemplo para tantas madres jóvenes. María es también la mujer de la búsqueda de la vida digna, su cántico, el Magnificat (Lc 1, 46-55) es precisamente, la esperanza realizada de la irrupción de Dios en la historia, transformando todo, imponiendo la justicia, la verdad, la dignidad a los menos favorecidos:

*Santo es su nombre y su misericordia
llega a sus files de generación en generación.*

*Hace proezas con la fuerza de su brazo,
dispersó a los de corazón altanero.*

Derribó del trono a los poderosos y enaltece a los humildes.

*A los hambrientos les colma de bienes
y a los ricos les despide vacíos. (Lc 1, 51-53)*

De María nuestra madre, aprendemos a promover la vida y a cuidarla, así como a contribuir a que sea vivida dignamente. Nuestro cariño y devoción a ella, debe ser manifestada también en el compromiso vital por el cuidado de la vida y por el fortalecimiento de su dignidad.

La familia cristiana se compromete a brindar una educación integral a sus hijos. Una de las funciones esenciales de toda familia, cristiana o no, es la de ofrecer una educación adecuada a los hijos. Ahora bien, educar es mucho más que garantizar su asistencia a alguna institución educativa. Educar es formar a la persona toda, de tal modo que su presencia aporte algo positivo a la sociedad y a la familia. No podemos reducir la educación a un simple recibir y construir conocimiento. La educación se entiende como un relacionarse de modo humano con los demás, con la sociedad, con el medio ambiente, con Dios y con uno mismo. Educar es formar a la persona toda.

Hoy muchos creen que la educación es tarea de la escuela, la que tendría un lugar de suplencia de la familia, célula cada vez más desintegrada. Sin embargo, el trabajo de formación e instrucción que imparte la escuela, es del todo vano si no se realiza en coherencia con la educación impartida en el hogar. La idea no es, de modo alguno, desligarse o repartirse la responsabilidad de la educación de los hijos, sino la de trabajar en conjunto para lograrla. Educar a la juventud es un gran desafío para las instituciones educativas, pero también para los padres de familia, ya que educar no consiste en aprender algo memorísticamente, menos aún intentar imponer valores por medio de la fuerza o de amenazas, sino que educar es ser ejemplo de lo que se pretende y tener el valor de dialogar acerca de lo que se quiere construir.

Dentro de nuestra pedagogía salesiana, nos esforzamos mucho por cuidar el clima educativo, pues tenemos la firme convicción de que “el ambiente educa”. Lo mismo ocurre en la familia. Una familia educa a sus hijos cuando en su seno existe respeto, diálogo, comprensión, solidaridad, apoyo, perdón, comprensión, actitud de servicio... Los valores no se forman por medio de lecciones magistrales, ni por regañones, menos aún por medio de la coerción. La familia educa cuando ofrece un ambiente sano y de calidez humana.

Una de las principales responsabilidades de la familia cristiana consiste en educar a sus miembros en una vida ética, lo que posibilita crecer en una libertad responsable. Uno de los males más evidentes y denunciados de nuestro tiempo, es la falta de control de los jóvenes, que no es sino el mal uso de su libertad. Ello tiene su raíz en la familia. La conducta ética y moral no se improvisa, sino que es el resultado de los hábitos con los cuales se ha crecido.

La superación de la hoy llamada “crisis ética” de nuestro siglo, no podrá ser alcanzada si no es por medio del trabajo con las familias y del compromiso de éstas en formarse en valores.

La familia cristiana enseña el cuidado y respeto de la familia. Los hijos aprenden en casa a ser familia, y también a ser familia cristiana. Y si bien el hecho mismo de convivir enseña cómo ser familia, es importante que existan espacios en los que se hable so-

bre su importancia y la responsabilidad que representa ante Dios y la sociedad. En este diálogo no puede dejarse de lado la educación a la afectividad y a la sexualidad. Hoy en día, muchos jóvenes no tienen la confianza necesaria para hablar de estos temas con sus padres, y lo hacen con amigos que muchas veces están igual o más confundidos que ellos, los resultados suelen ser lamentables. Por ello, la Iglesia, de la mano del Papa Francisco, pide a los padres que se genere la suficiente confianza para hablar sobre afectividad y sexualidad con los hijos, y así darles una orientación equilibrada y realista. “El impulso sexual puede ser cultivado en un camino de autoconocimiento y en el desarrollo de una capacidad de autodomínio, que pueden ayudar a sacar a la luz capacidades preciosas de gozo y de encuentro amoroso” (No. 280).

La familia es cristiana cuando se ocupa con esmero de la educación en la fe de los hijos. Nuevamente, esta educación no puede reducirse a cumplir con los sacramentos y tener alguna imagen religiosa en el comedor. Por el contrario, la educación en la fe consiste en invitar a los hijos a compartir la experiencia de fe que viven los padres, es poder hablar de cómo Jesús tocó sus corazones y qué sienten que Dios Padre les pide por medio de su Hijo. La educación en la fe es para todos los miembros de la familia, no por el hecho de ser progenitor ya se es buen cristiano, por el contrario, la responsabilidad de ser padres es razón suficiente para buscar profundizar en el conocimiento de nuestra fe y de vivirla con mayor coherencia para poder ser ejemplo de vida cristiana para los hijos.

Todo don –regalo– que Dios otorga, es dado para el bien de la comunidad y, por tanto, debe ser acogido con agradecimiento y asumido con responsabilidad. La familia es uno de los dones más preciosos que recibimos de Dios. La primera responsabilidad de todos y cada uno de sus miembros consiste en cuidarla y protegerla por encima de todo. Para ello, es importante estar y saber dónde se está, al tiempo de educar en el interesarse por saber dónde se encuentra el otro. La presencia es física, pero también se está con el corazón, los sentimientos y las actitudes. Debe haber una preocupación, especialmente por parte de los padres de saber dónde están los hijos, que no es sólo saber dónde están físicamente sus hijos, sino también conocer dónde se encuentra su corazón, cuáles

son sus anhelos y sus miedos. En la familia cristiana existe comunión de sentires, que consiste también en estar y saber dónde están los demás. Nuestra Madre María nos enseña a acoger, agradecer y corresponder al don-vocación de la familia que nos hace el Señor.

Jesús fue hombre exactamente igual a nosotros menos en el pecado (Cfr. Hb 4, 15). Tanto es así que, al igual que nosotros, necesitó de la guía de sus padres para crecer en humanidad, conocimiento y gracia. El papel de María y José fue muy importante en la educación de Jesús. Es cierto que, conforme el paso del tiempo fue tomando clara conciencia de su identidad de ser el Hijo de Dios y de su misión en el mundo, hasta alcanzar una total libertad para realizar su proyecto de vida, el Reino de Dios. Sin embargo, esto no va en menoscabo de la educación humana y religiosa que recibió en su humilde hogar de Nazareth, todo lo contrario. Estamos seguros que Jesús aprendió quién es Dios Padre y cómo amarlo y servirlo, en el seno de su familia.

María fue la gran educadora del hogar de Jesús. Aquella mujer sencilla y pobre, con toda seguridad analfabeta, fue quien guió a su hijo para que no tardase en encontrar las sendas y la voluntad de Dios Padre. Como mujer judía, María no tuvo acceso directo y profundo a los libros de la Ley y los Profetas, pero a pesar de ello, su fe fue de la misma talla que la de los patriarcas: Abraham y Moisés. Ella no pudo sino transmitir a su hijo, en lenguaje materno, sencillo y vivo, aquella llama de la fe que con los gozos y fatigas de cada día se hacía más fuerte y segura en su propia vida. De igual manera, no es extraño que Jesús entendiese y llamase a Dios “Papá” viendo a José y sintiendo el cariño que le tenía. ¡Cuántas veces al atardecer del día, no se juntaron como familia para orar y para conversar sobre la bondad de Dios Padre!

En la tarea de educar a los hijos, María se hace compañera, modelo, inspiración y auxiliadora. De ella aprendemos a guiar a los hijos con firmeza, pero con amor. En las bodas de Caná (Jn 2, 1-12), María muestra que la educación a los hijos no puede ir desligada de la preocupación por las necesidades de los demás. También en ese episodio, nos enseña a gozar de la alegría de una familia que se une y que los tiene a ambos y a los discípulos (¡la Iglesia reunida!) como invitados. La familia cristiana es fuente de

gozo y alegría porque celebra el amor que viene de Dios mismo, porque tiene a Jesús y a María en esa celebración.

En la escuela de María, la educación en el seno de la familia es en primer lugar un asunto de amor demostrado y oblativo. Más que un sentimiento romántico, el amor en la familia cristiana se traduce en actitudes y acciones. Decía un filósofo: “el corazón tiene razones que la razón no entiende”. Su seno es la cuna donde nace, se forma, se fortalece y se transmite el amor cristiano que educa. La familia cristiana va más allá de la razón fría, pues habla el lenguaje del corazón:

La caridad es paciente y bondadosa, la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa ni orgullosa; es decorosa, no busca su interés; no se irrita, no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia, se alegra con la verdad. Todo lo espera. Todo lo soporta.

(1 Cor 13, 4-7)

La familia cristiana afronta y supera las crisis familiares por medio del diálogo y la actitud de comprensión y de perdón. La familia es una realidad humana, como tal no está exenta de momentos de tensión, que siempre producen sufrimiento y confusión. Estas situaciones son incluso normales en todas las familias, y cuando aparecen deben ser vistas como oportunidades de crecimiento humano y de fortalecimiento familiar, un valioso aprendizaje para comprender algo más el misterio del amor conyugal y familiar. Sin embargo, existe el riesgo de que las familias no las afronten con madurez humana, menos aún desde los valores cristianos. Ello no es bueno, pues genera heridas que cuanto más son descuidadas, más difíciles son de sanar después. Cuando existe este tipo de problemas, la comunicación entre los miembros de la familia comienza a ser afectada, si tambalea este pilar fundamental de toda convivencia humana, toda la estructura corre el riesgo de colapsar.

Nuestro Dios se caracteriza por ser un gran comunicador. Nos comunica su vida y su Verbo (Jesús), así nos muestra con claridad lo que siente y espera de nosotros; y lo hace con un lenguaje claro centrado del horizonte del amor. Por más que el ser humano no

corresponde de un modo adecuado, Dios se sigue comunicando. Muchas de las crisis en la familia ocurren porque no hay buena comunicación. Saber expresarse con confianza y saber escuchar con atención son requisitos mínimos de la vida familiar. Ahora bien, ello no es una receta mágica que se aplica de una vez por todas, sino que es el fruto de un trabajo cotidiano de ser solidario y hacer el esfuerzo por comprender la realidad del otro. Aun a veces, con la mejor predisposición, nuestra fragilidad se impone y las cosas no salen bien.

“Saber perdonar y sentirse perdonados es una experiencia fundamental en la vida familiar”, así nos lo dice el Papa Francisco (No. 236). No se puede ser familia, menos aún familia cristiana, sin estar siempre dispuestos al perdón y a la nueva oportunidad. Ahora, si bien se dice coloquialmente que “el perdón se gana”, desde nuestra fe el perdón se otorga de un modo gratuito. No es el fruto de los méritos del que nos ofende, sino de nuestras convicciones. El cristiano perdona porque Dios le perdonó primero, así lo reconocemos y rezamos diariamente: “perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. En todo caso, pedir perdón y perdonar son muestras claras de un amor auténtico, un amor que reconoce las debilidades propias y ajenas y sabe acompañar en el camino de sanación y crecimiento. Por ello, un perdón auténtico exige y se compromete a un cambio de vida, a un esfuerzo por superar las faltas que causan dolor y división.

Ante los factores internos y externos que generan crisis, no queda sino la comprensión, el diálogo, el mutuo apoyo y la oración. Las problemáticas internas que viven de modo diverso cada uno de los miembros de la familia, se suman a los problemas sociales tales como la fragilidad laboral del mercado, el alto costo de vida, las problemáticas laborales, el stress de la rutina diaria, etc. Situaciones nada fáciles de afrontar. Sin embargo, la familia cristiana debe ser una especie de lugar de descanso, la Betania del Evangelio. Esto sólo es posible cuando existe el diálogo y se hace un esfuerzo de entender la situación del otro; esto acompañado del sentimiento de solidaridad, de reconocer que el problema de uno de los miembros de la familia es el problema de todos. Sin embargo, en algunas ocasiones nuestra fragilidad es más grande.

“Hay que reconocer que hay casos donde la separación es inevitable. A veces puede llegar a ser incluso moralmente necesaria, cuando precisamente se trata de sustraer al cónyuge más débil, o a los hijos pequeños, de las heridas más graves causadas por la prepotencia y la violencia, el desaliento y la explotación, la ajenidad y la diferencia”. (No. 241)

En el esfuerzo por afrontar y superar las crisis familiares, encontramos en la Virgen María ejemplo e inspiración, ella encaró las dificultades de su vida con fe, esperanza y amor oblativo. De un modo equivocado algunos piensan que todo era fácil y grato en la vida de los santos, ya que recibirían favores especiales de parte de Dios. Pensar de este modo es del todo incorrecto. Por el contrario, las vidas de los santos son ejemplos de gente con una fe profunda que les llevó a creer contra todo pronóstico y esperar contra toda esperanza. Su vida fue igual de difícil como la de cualquiera de nosotros. Sin embargo, ellos no sucumbieron, sino que afrontaron las situaciones desde su fe. Por ello, la Iglesia nos los presenta como modelos de vida cristiana.

También nuestra Madre sufrió y lloró. José aparece en el Evangelio en los años que se narra la niñez y algo de la juventud de Jesús, luego no aparece más, lo que nos da a entender que falleció antes de la vida pública de Jesús. Entonces, María quedó viuda, una situación muy desfavorable en la cultura patriarcal cerrada de aquel entonces. Así también, ella misma tuvo que aprender a ser la Madre del Hijo de Dios, pues muchas veces no alcanzaba a comprender su Hijo, lo que lastimaba su corazón de madre. Ella estuvo al lado y acompañó a su hijo en el suplicio de la cruz, experimentando en carne propia el dolor más grande de un ser humano: la pérdida de un hijo. Acrecentando aún más su dolor, la situación tan injusta y humillante de aquella pérdida. Sin embargo, allá estaba ella, firme al lado de la cruz.

Nos sorprende y conmueve su fortaleza en los momentos de mayor dolor, cuando las crisis, confusiones y sinsentidos atravesaban su corazón. Su incolumidad puede ser entendida sólo a partir su fe, de su confianza en Dios. Su fortaleza es reflejo de la fortaleza de las madres cristianas, quienes con resignación heroica consumen día a día su vida por el bien de su familia. Ellas son pre-

cisamente quienes más cariño tienen a María, pues se identifican con esta madre que vive en profundidad las alegrías y tristezas de su Hijo. Y junto con Ella permanecen al lado del sepulcro, cuando todo parece acabado... allí están ellas, esperando un milagro. Y Dios no las decepciona. En las dificultades, acompañemos a María al sepulcro, allí veremos la Gloria de Dios.

Devoción a María, oración y vida sacramental

Entiendo que algún lector quedará sorprendido de que hasta el momento poco, o nada, se ha dicho sobre lo que caracteriza la devoción a María, tal como el rosario, las imágenes de nuestra madre, o sus novenas. Considero que el momento oportuno para abordar estos temas es éste, porque ya a este punto tenemos cierta claridad acerca de que una auténtica devoción a la Virgen debe hacernos mejores cristianos, es decir, debe afianzar nuestra fe en Dios Trinidad y fortalecer nuestro compromiso con la misión de la Iglesia. A partir de esto podremos entender el sentido profundo de las manifestaciones de amor y devoción a nuestra madre celestial.

La oración es diálogo y encuentro con el Señor. No es un repetir mecánico de fórmulas, menos aún una especie de “moneda de pago” de los favores que pedimos a Dios. La oración cristiana es un diálogo que nos interpela, nos motiva y nos lleva a asumir compromisos en nuestra vida. Así también deben ser las oraciones que realizamos a nuestra madre. Una de las oraciones más hermosas, por ejemplo, es el Rosario. Al desgranar una a una sus Ave Marías, se nos invita a ir *meditando los misterios de la vida de Jesús*, y es que el Rosario es una oración que tiene a Cristo en el centro, es contemplativa. No se trata de un repetir por repetir, sino de entrar en la dinámica de la contemplación y meditando momentos concretos (misterios) de la vida de Jesús, de la mano de María. Lo mismo podemos decir de todas las otras oraciones marianas, en el centro de todas ellas debe estar Jesús, el deseo de llegar a Él y realizar su proyecto, el Reino de Dios.

De igual modo, la devoción a la Virgen María cuando es vida de un modo auténtico, nos lleva a una práctica sacramental frecuente y renovadora. Nuestra fe nos dice que los sacramentos son medios efectivos y reales de la presencia de Dios y de su ac-

tuar en favor nuestro. No son simples representaciones, sino que son manifestaciones reales de Dios por medio de la Iglesia. Así, por medio de la fe creemos y tenemos la seguridad de que en la *Eucaristía* se encuentra Jesús, que por medio del *Bautismo* renacemos a una vida nueva, que la absolución en el sacramento de la *Reconciliación*, sella definitivamente el perdón de Dios. Nuestra devoción y cariño por María, la Madre del Señor, nos lleva a Dios y, por tanto, nos lleva a los sacramentos. No puede haber una devoción auténtica a Ella, si es que no despierta en nosotros una sed de Eucaristía, si no nos despierta la necesidad del Perdón.

La práctica sacramental es al mismo tiempo un acto personal y comunitario. Es cierto que es cada persona quien recibe libremente cada sacramento, pero no lo hace de modo individual, sino en el seno de una comunidad que lo acoge y lo hace posible. Los sacramentos actúan transformando a toda persona que los recibe con fe, y así toda la comunidad (Iglesia local, entorno social y familiar) a la que pertenece se ve beneficiada y favorecida. Y es que los sacramentos son siempre un actuar de la Iglesia toda, pues nacen en ella y al mismo tiempo la constituyen. En este sentido, también la familia, como Iglesia doméstica, está llamada a promover una cultura sacramental en su interior. Esto implica principalmente dos actitudes: 1) Recibir los sacramentos en familia; y 2) Reflejar la vida sacramental en toda la vida familiar, principalmente en las actitudes que generan una convivencia armónica.

Por ejemplo, no se puede recibir *la comunión* sin un deseo de que en el hogar exista un auténtico deseo de unidad y de lucha contra lo que genera división; no se puede recibir *el perdón de Dios* sin un compromiso de perdonar de corazón a quien nos ofende. Así, la vida sacramental se vive con familiaridad al interior de la familia. Nuestra devoción a la Virgen Madre de Dios nos motiva a realizarlo de este modo.

Es conocida la frase: “familia que reza unida permanece unida”, lo mismo podemos decir de la práctica sacramental. Familia que unida se acerca a los sacramentos, vive sacramentalmente unida. Y es que los sacramentos son signos de la presencia de Dios mismo, ¡Cuánto bien hace a una familia acercarse a ellos! Valerse de ellos para superar los distintos problemas y situaciones difíciles que día

a día van afrontando en su caminar. La unión que generan los sacramentos entre los que los frecuentan es tan profunda, que vivida dentro de la familia son garantía de comunión profunda en base a los vínculos del amor. Es útil y del todo recomendable que como familia todos juntos participen de la celebración de la Eucaristía, pero cuando ello no es posible por distintas circunstancias..., si es posible conservar la vida sacramental viviendo los valores que se irradian de este encuentro con el Señor. Aunque estén separados los cuerpos, que los corazones estén unidos. Lo mismo podemos decir de la oración y de la devoción a la Virgen. Es bello practicarla estando todos reunidos, pero cuando no sea posible, que ello sea una oportunidad para mantener la cercanía espiritual.

La trilogía: Devoción a María– Vida Sacramental y de Oración– Misión de la Iglesia; es connatural e inseparable. Una lleva a la otra. Sin embargo, en esta dinámica el fin debe ser siempre el mismo: FORTALECER NUESTRA FE EN DIOS PADRE, DIOS HIJO y DIOS ESPÍRITU SANTO.

III. DEVOCIÓN A MARÍA AUXILIADORA Y COMPROMISO CIUDADANO EN FAVOR DE LA FAMILIA

Fe y conversión

Nuestra fe cristiana debe transformar toda nuestra vida. Creer en Jesús quiere decir entrar en la dinámica de su *seguimiento*, es decir, aceptarlo como Señor, conocerle, pasar tiempo con él, amarlo y llevar su mensaje a los demás. En América Latina, los que compartimos la fe en Jesús nos llamamos *discípulos-misioneros*, porque deseamos ser sus amigos cercanos y continuar con su gran proyecto, el Reino de Dios. Esta misión la realizamos aquí y ahora; en todas y cada una de las situaciones con las que nos encontramos día a día. Todo aquel que acepta esta vocación, la de ser discípulo-misionero, entra en la dinámica que la Sagrada Escritura llama *conversión*.

En la Biblia encontramos decenas de ejemplos de personas que al encontrarse con Jesús se convirtieron de su vida pasada y empezaron una vida nueva, como lo dice el mismo Señor: *volvieron a nacer* (Jn 3, 1-8).

La metáfora no es exagerada, pues, el Señor pide radicalidad cuando se trata de asumir el Proyecto del Reino de Dios, pide ir hasta el extremo, por ello habla de un volver a nacer. No se trata, pues de ser un poco más bueno, ni un poco menos malo; sino de decidirse a tomar una opción vital y radical en favor de la vida, de la justicia, de la libertad, de la paz. ¿Cómo se origina esta conver-

sión? Es posible sólo y únicamente gracias al encuentro con Jesús. Y es que encontrarnos con el Señor nos transforma, no podemos estar al lado de Jesús sin cambiar, sin ser distintos, sin convertirnos. Si nuestra fe no nos impulsa a crecer en humanidad y solidaridad, algo no anda bien.

La conversión es un proceso que transforma a toda la persona. Son muy raras las ocasiones en las que una conversión se logra de un día para otro. Por el contrario, lo común es que se obre como un proceso, que parte una decisión en un momento concreto, pero que debe ser mantenida en el tiempo. El proceso de conversión es largo y no está exento de caídas, sin embargo, a pesar de ello, el hecho de mantener vivo el deseo y el propósito de seguir adelante con la conversión es ya una muestra de que se va por el camino correcto. Al fin y al cabo, debemos recordar que no es el ser humano el que se convierte, sino que es Dios quien da el regalo de la conversión. Nosotros acogemos el don y correspondemos. “Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no vuelvas a pecar” (Jn 8, 11).

La conversión se apoya en el cambio de la mente y del corazón. Y es que convertirse, no consiste en dejar de hacer algo que está mal, o hacerlo con menos frecuencia, sino que, en primer lugar, es entender y desear lo que es bueno –discernir la voluntad de Dios- para uno y para los demás. Las obras son sólo la natural consecuencia. Cuando lo aceptamos y adoptamos, cuando lo reconocemos como auténtico camino de humanización, de salvación y deseamos ardientemente cumplir con el proyecto del Reino de Dios, la conversión está asegurada. El problema radica en que la lógica del Reino es radicalmente distinta a la lógica del mundo, del mercado; la del comercio, que nos desborda y sumerge de un modo sutil, pero crudamente violento.

En la lógica del Reino los últimos –los pobres, ignorantes, gente sencilla, sucios, limitados...- son los primeros. En la lógica del Reino la fuerza está en la humildad, el servicio y la solidaridad; no en el poder y la ostentación, menos aún en la prepotencia. En la lógica del Reino, la belleza radica en lo pequeño y oculto; no en lo pomposo y ruidoso. La lógica del Reino nos lleva a buscar la alegría que nace de un corazón que ama y es amado, no en diversiones extremas, ni en experiencias que desgarran la vida. En la

lógica del Reino todos podemos estar sentados en la misma mesa comiendo del mismo pan, no hay clases, ni castas, menos aún estratos. Es el Señor mismo quien nos enseña cómo es esta lógica:

Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. Felices los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. Felices los que lloran, porque serán consolados. Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Felices los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Felices los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios. Felices los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. (Mt 5, 3-10)

¿Somos capaces de entender, aceptar y vivir a partir de esta lógica? La sola pregunta nos atemoriza, ¡No es fácil! Pero, recordemos que no somos nosotros, sino que es Dios por medio de nosotros quien logra la conversión de los corazones, incluidos los nuestros. La conversión es respuesta a un llamado, no es fruto de nuestras heroicas decisiones (nótese la ironía). Para ponerla por obra, el Señor requiere de nosotros disposición y generosidad, buen ánimo, fe-confianza en Él; del resto se encargará Él.

Cuando realizamos el camino de conversión, fruto del encuentro con el Señor, nace en nosotros el deseo de cambio, de transformación personal y también de la situación que nos rodea. Quien ha encontrado al Señor no puede estar tranquilo si es que a su alrededor existe injusticia, odio, rencor, ruptura. La conversión cristiana nos lleva necesariamente a un compromiso por la transformación de la sociedad. San Pablo nos lo expresa con total claridad: “Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de vanagloria; se trata más bien de un deber que me incumbe. ¡Ay de mí si no predico el Evangelio!” (1 Cor 9, 16).

Un cristiano, discípulo-misionero del Señor Jesús, simplemente no puede estar tranquilo de brazos cruzados cuando día a día mueren cientos de niños de hambre, cuando existe un sistema judicial corrompido, cuando la vida humana vale menos que un celular, cuando el desempleo golpea brutalmente el rostro de miles de familias; en fin, cuando todavía en el mundo hay injusticia, violencia

y hambre. ¡Un cristiano no puede estar de brazos cruzados cuando la familia se ve amenazada desde su misma constitución!

María Auxiliadora nos lleva a la conversión

Nuestra devoción a la Virgen nos lleva al encuentro con el Señor y ello obra de modo natural la conversión del creyente hacia Dios. Es decir que no podemos ser devotos de la Virgen sin cambiar y hacer el esfuerzo por ser mejores. Este esfuerzo implica un cambio en cuanto a nuestra forma de ser, evidentemente en nuestra interioridad, pero también en nuestro compromiso social. Nuestro cariño y devoción a la Virgen –bajo cualquier título o advocación– debe llevarnos a ser mejores ciudadanos, más aún si la invocamos bajo el título de María Auxiliadora.

Don Bosco nos enseña que la devoción a María Auxiliadora nos lleva a vencer los espiritualismos egoístas, cerrados e indiferentes frente a las necesidades del mundo y en especial de la juventud; espiritualismos que no son más que pseudo-espiritualidades. En cambio, para él, la devoción a María Auxiliadora se convirtió en un amor real y visible, en un compromiso total, en una entrega generosa a la causa de la educación de la juventud. Don Bosco promovió con ahínco y gran empeño, casi de manera obsesiva, la devoción a María Auxiliadora, pero no la ofrecía como una receta mágica, sino como un compromiso vital. Lo podemos contemplar con una narración que él mismo nos hace:

“A María Santísima, insistía Don Bosco, no le agradan los obsequios de los que quieren continuar viviendo en pecado. Hubo un hombre que desde mucho tiempo atrás ofendía gravemente al Señor y todos los días no dejaba de saludar a la Madre de Dios con alguna oración o invocación. Perseverando en esta devoción y continuando con su vida desordenada, se le apareció una noche la gloriosa Madre de las misericordias. Delante de él iba un hermosísimo jovencito que llevaba en las manos un plato lleno de comidas muy delicadas y exquisitas. Cubría estas comidas una servilleta muy fea, manchada y maloliente. La Virgen lo invitaba a servirse de aquellos alimentos, pero el joven le respondía con náuseas: -¡Oh Virgen querida! Aquella servilleta es tan repugnante que el estómago no me permite

comer. Y a mí, añadió la Sma. Virgen, no pueden agradarme tus devociones por los numerosos pecados que sigues cometiendo. Y así como estos alimentos te agradarían a ti si no estuvieran cubiertos con esta servilleta tan fea, así también me agradarían, y mucho, tus devociones si no viera las culpas que manchan tu alma. –Dichas estas palabras, desapareció y venido por el maternal reproche, aquel infeliz fue a confesarse, cambió de vida y perseveró en el bien”.

María Auxiliadora es conocida como la Virgen de Don Bosco, y él es conocido como el santo de María Auxiliadora. No se puede decir algo sobre Ella sin mencionarlo a él y viceversa. Y hablar de Don Bosco es hablar de educación-evangelización de la juventud, de opción por los más necesitados, del anhelo de formarlos como *buenos cristianos y honestos ciudadanos*. Por tanto, nuestra devoción a la Inmaculada Virgen Auxiliadora debe reafirmar en nosotros el compromiso del trabajo en favor de la juventud, el deseo de evangelizarla. Éste es el aporte que los salesianos realizamos en la construcción del Reino de Dios, nuestro aporte a la Iglesia, el formar a jóvenes comprometidos con este ideal. En esta tarea, para nosotros, María Auxiliadora es medio imprescindible.

No es posible educar a la juventud sin el apoyo de la familia. Vanos son todos los esfuerzos de la Iglesia, de los educadores y de cualquier institución, si es que en la familia, en casa, no existe un ambiente humanamente sano y cálido. ¿Cómo asimilará un joven la importancia del diálogo y el entendimiento, si en el hogar se respira violencia?; ¿Cómo se puede entender la importancia de las relaciones humanas si los padres se encuentran ausentes?... Por tanto, nuestra devoción a María Auxiliadora nos compromete a trabajar para que el valor de la familia prevalezca y se fortalezca, el cariño que le profesamos, también debe traducirse en un compromiso social que busque defenderla.

Fe cristiana y compromiso social en favor de la familia

Cuando hablamos de *compromiso social* en favor de la familia, nos referimos al ejercicio ciudadano que nos permite expresar, construir, exigir y demandar las condiciones que, desde nuestra fe y convicciones humanas, consideramos mejores en pro de la fami-

lia, y por tanto de la sociedad. Es un derecho que todo ciudadano tiene en democracia, nuestra fe debe también afectar el modo cómo ejercemos nuestra ciudadanía. Los creyentes formamos una comunidad representativa en la sociedad: la Iglesia Católica. Nuestra voz debe ser escuchada, en nuestros países latinoamericanos, los que formamos parte de la Iglesia Católica representamos la mayoría de la población, relativizar o hacer oídos sordos a nuestra voz es un claro atentado contra la institucionalidad democrática.

Siendo fieles a nuestras convicciones religiosas, la lógica del Reino, el camino por el cual buscamos que nuestra opinión sea escuchada y tomada en cuenta, es el del diálogo propositivo. Nuestro modelo es Jesucristo, a quien algunos califican como un “rebelde pacífico”, porque no comulgando con las injusticias sociales de su tiempo, ni con el sistema corrupto de su sociedad; buscó cambiar tal situación por medio de un mensaje de justicia, reconciliación y solidaridad. Jesús sufrió en carne propia las consecuencias de la injusticia, la mentira y la corrupción, sin embargo, hasta lo último de su vida proclamó un mensaje de perdón: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34). Los cristianos, de ningún modo nos valemos de la fuerza violenta, como quiera que se la entienda, para conseguir nuestros fines. Por el contrario, hacemos que nuestra voz sea escuchada principalmente por medio del diálogo propositivo y por encarnar los valores que proponemos. Los hechos expresan más que las palabras.

Somos nosotros, los fieles católicos, los cristianos de a pie, los discípulos-misioneros del Señor, los que debemos liderar una cruzada en favor de la promoción y defensa de la familia en nuestra sociedad. Cada uno desde su posición y condición.

Los padres de familia, por medio de la educación cristiana de sus hijos, inculcando en ellos el valor de la familia y mostrando con el ejemplo su carácter sagrado. Los abogados católicos, luchando por hacer que las leyes la protejan y respalden. Los empresarios católicos, ofreciendo condiciones laborales oportunas, para que sus empleados puedan pasar un tiempo digno con su familia. Los comerciantes, cuidando que el afán de tener más no atente contra la débil economía familiar de los clientes. Los catequistas, enseñando la relación entre fe cristiana y vida de familia. Los hi-

jos, respetando y obedeciendo a sus padres, cumpliendo sus deberes, dialogando en familia los problemas y confusiones de su vida. Todo trabajador, haciendo que su prioridad sea el cuidado de su familia, el bienestar económico es importante, pero no es lo más importante, pues la familia también necesita atención, tiempo, cariño. En fin, todos podemos hacer algo en favor de la familia.

María Auxiliadora, nos inspira a asumir compromisos en pro de la familia

Son muchas las características de María, entre ellas una de las más bellas es la de ser Auxiliadora de los Cristianos. Cada nombre –o advocación- con el cual invocamos a nuestra madre, refleja una de sus virtudes, al tiempo, quien la invoca según tal o cual virtud, se compromete a imitarla y encarnarla. Así, quien la invoca como *Inmaculada*, se compromete a desechar la mancha del pecado de su vida. Quien la invoca como *Madre del Buen Consejo*, desea que el Espíritu Santo habite en su interior, para poder consolar y aconsejar a los que sufren. Quien la invoca como *Madre de la Misericordia*, siente la necesidad de experimentar la misericordia de Dios y propagarla en el mundo. En fin, todo título con el que invocamos a nuestra Madre, representa una virtud que Ella tiene y que deseamos, o que debemos, imitar.

Nosotros invocamos a María bajo el título de Auxiliadora de los Cristianos. Y es que, como lo vivió con profunda convicción Don Bosco, su presencia maternal no es para nosotros una prosa, o una muletilla bien aprendida, sino una presencia real y efectiva. Una presencia que actúa y nos socorre en los momentos de mayor necesidad, actúa cuando todo parece ya perdido, por eso es nuestra *Auxiliadora*. Ella es pues para nosotros, luz de esperanza en la densa oscuridad, promesa fiel en la que esperamos contra toda esperanza, manantial de agua fresca en el desierto de la rutina. Y nunca nos ha defraudado. Bien decía Don Bosco: “Confía en María Auxiliadora y verás lo que son los milagros”.

La presencia maternal de María Auxiliadora se hace más evidente cuando se trata de la educación y evangelización de la juventud. Don Bosco nunca dudó de su presencia, porque bien sabía que Ella es la más interesada en que sus hijos más jóvenes lle-

guen a ser *buenos cristianos y honestos ciudadanos*. Por ello no nos abandona, está siempre con nosotros, “se pasea por nuestros corredores”. A Ella podemos acudir confiados siempre, pero más aún cuando se trata de algo que tenga que ver con la educación y evangelización de sus hijos, casi que podríamos decir que es su debilidad frente a la cual no puede resistirse y actúa sin más. “No lo dudemos ¡María es nuestra madre!”.

Nuestra Madre Auxiliadora desea que nuestros hogares sean escuela de amor y de humanización. En otras palabras, ella desea que seamos familia cristiana. Pero esto no es algo que se consigue de la noche a la mañana, sino que es un camino que se recorre día a día, un camino en el que no faltan las fatigas y los tropiezos... pero es un camino que vale la pena ser recorrido, un camino en el que contamos con su guía y protección. Ahora bien, para que nuestro hogar sea una familia cristiana, debemos comprometernos para que existan las condiciones necesarias que lo posibiliten. En el anterior capítulo vimos algunos de los desafíos y compromisos a nivel interno, ahora veremos algunos externos, que van más allá de nuestra propia familia, que ya se enmarcan dentro del compromiso social.

En la encíclica *Amoris Laetitia*, el Papa Francisco nos habla de la situación actual de la familia y de los desafíos que afronta en nuestro tiempo. De entre estos, he tomado algunos que considero van acordes con nuestra devoción a María Auxiliadora: (1) La defensa de la Familia constituida por un padre, una madre y unos hijos; (2) El derecho a condiciones legales y laborales básicas que permitan una adecuada convivencia familiar de los empleados; (3) Derecho a formar una familia cristiana; y (4) Compromiso por cuidar la casa común en donde habita toda la familia humana.

1. *Nuestra fe cristiana y nuestra devoción a María Auxiliadora nos lleva a asumir la defensa de la familia constituida estructuralmente por un padre y una madre, donde los hijos encuentran seguridad y afecto.* Varios estudios muestran que la familia ha sufrido cambios radicales y lo ha hecho de un modo acelerado e imprevisto. La “familia tradicional” ha pasado a ser minoría respecto a los nuevos tipos de familia que van apareciendo. Frente a este panorama, algunos comienzan a hablar del declive

de la familia tradicional, dando paso a nuevas estructuras, en la que “todo es posible”. Como cristianos, defendemos el modelo de familia tradicional.

La revelación de Dios, contenida en la Sagrada Escritura, nos enseña que el orden natural de la familia es el que está formado por un varón y una mujer, quienes se unen por amor y están dispuestos a dejar de ser dos, haciéndose una sola carne y así son capaces de engendrar vida. Este tipo de unión comparte el poder creador de Dios, pues es capaz de generar la vida de los hijos. Es cierto que existen muchas familias cristianas y de una fe muy profunda y sincera que por diversas circunstancias, no tienen la cualidad de tener presentes al padre y a la madre, sin embargo, ello no es impedimento para reconocer que ése es el modelo ideal de familia.

Una familia cristiana tiene su origen en el amor sincero de una pareja, un amor que anhela permanecer en el tiempo. Una característica muy importante de la familia cristiana, es el deseo de estar unidos hasta el final. Hoy el comercio y el mercado pretende que todo sea pasajero y provisional, la familia debe escapar a estar redes nefastas. La familia cristiana defiende el ideal de la indisolubilidad del matrimonio, es un lazo que no se puede romper, “lo que Dios ha unido no lo separe el hombre” (Mt 19, 6).

Es cierto que en nuestros tiempos los roles de padre y madre han cambiado, pero ello no puede ser justificación para desvalorar la estructura familiar apoyada en un padre y una madre. La familia de Nazareth, la de Jesús, estuvo constituida de ese modo. Y aunque todo nos lleva a pensar que José murió antes de la vida pública de Jesús, él defendió el ideal del matrimonio: “Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne” (Mt 19, 5).

2. *Nuestra fe cristiana y nuestra devoción a María Auxiliadora nos llevan a buscar condiciones legales y laborales básicas que permitan una adecuada convivencia familiar.* Los roles dentro del hogar han cambiado, el estilo de vida de las familias también; pero el modo cómo se desarrolla la vida en sociedad se

ha mantenido estático. Para poder sostener a la familia, deben trabajar tanto el padre, como la madre; ello representa una amenaza contra la convivencia familiar, también contra la sana educación de los hijos. La situación es aún más dramática cuando el peso de la familia recae sólo sobre la madre. Frente a esta problemática son realmente pocas las soluciones que se han buscado, parece comprobarse que al final la prioridad la sigue teniendo la exigencia del mercado.

El Evangelio nos exige que existan las condiciones necesarias para que en la sociedad se viva de acuerdo con la dignidad de la persona humana. No se puede decir que una sociedad está evangelizada, mientras no existan progresos reales en la construcción del Bien Común. María es llamada la “Estrella de la Evangelización” porque su presencia es para nosotros guía, inspiración y garantía del trabajo de evangelización. También en la búsqueda de mejores condiciones legales y laborales, nuestra devoción a María Auxiliadora, nos lleva a no claudicar en esta lucha, pues sin éstas el trabajo de educación y evangelización corre grave riesgo.

El sueño de una familia estable será posible sólo mientras existan las condiciones mínimas necesarias para su formación y consolidación cotidiana. Cuando se reconozca con hechos concretos que la prioridad de cualquier institución se encuentra enfocada hacia la familia. Es decir, cuando los salarios sean dignos, cuando los horarios de trabajo favorezcan la convivencia familiar, cuando no exista discriminación hacia la mujer, cuando se brinde apoyo oportuno a las madres cabeza del hogar... éste es un auténtico anhelo, un conflicto social, pues implica ceder en los afanes de ambición que corrompen y minusvaloran a la persona.

Somos conscientes de las condiciones laborales actuales y también de las consecuencias que estas acarrearán a las familias. Nuestra fe cristiana, nuestra devoción a la Santísima Madre de Dios, debe llevarnos a vencer la tentación del conformismo pasivo, de la inacción que soporta todo sin esperanza. María nos recuerda que el Señor, es el Señor de la justicia; que para Él lo más importante son sus hijos y su sano crecimiento. Nosotros

estamos llamados a hacer que estos deseos de Dios se hagan realidad en nuestra sociedad.

3. *Nuestra fe cristiana y nuestra devoción a María Auxiliadora nos llevan a defender nuestro derecho a constituir una familia cristiana.* Hoy, en nuestro tiempo, en el que lo provisorio busca imponerse sobre lo que perdura, hoy cuando el confort y lo promiscuo pretende ocupar el lugar del amor oblativo y exclusivo, hoy cuando parece que las normas básicas de convivencia parecen ceder frente al “todo vale”, al *laissez faire*, con sus nefastas consecuencias para la vida dentro de la familia... Hoy es un tiempo en el que los creyentes debemos luchar con mayor ahínco para reivindicar el derecho a constituir una familia en coherencia con nuestra fe y con nuestras convicciones humanas más profundas. Frente a esta postura, bien surge la pregunta ¿luchar contra quién? Pues es cierto que no existe norma, menos aún ley, al menos no en nuestros países de tradición cristiana, que la prohíba. Sin embargo, la familia cristiana se encuentra amenazada.

La cultura posmoderna, bien representada por el consumismo y la globalización, atenta contra los valores fundamentales de la familia cristiana. En esta pseudo-cultura, lo efímero y pasajero se alza con burlesca arrogancia frente a quienes pretenden compromisos para toda la vida. En esta filosofía, el ser humano vale en cuanto ostenta capacidad de consumo y es capaz de obtener los resultados que el mercado espera, generando así una cultura de la exclusión y discriminación. Como ha denunciado en repetidas ocasiones el Papa Francisco, en esta cultura todo, incluso la vida humana cuando no alcanza los estándares que marca el mercado, es desechable, se puede usar y tirar. El Papa le llama “la cultura del descarte”. Este contemporáneo estilo de vida, cuando es asimilada por una familia trae consigo dolorosas consecuencias.

La familia cristiana está llamada a ir contra corriente frente a la cultura del descarte. Luchar por su derecho de constituirse según su fe, consiste en “estar en el mundo, pero sin ser del mundo” (Cfr. Jn 15, 19). *Ser signo de contradicción*, que como decía San Juan Pablo II es una “definición distintiva de Cristo

y de su Iglesia”. La vida de nuestro Maestro es el mayor signo de contradicción para los poderosos y confiados. El evangelista Lucas nos narra lo que ocurrió cuando Jesús fue presentado en el templo por sus padres:

Quando se cumplieron los días en que debían purificarse, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor... Vivía por entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Era una persona justa y piadosa, que esperaba que Dios consolase a Israel; en él estaba el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo le había revelado que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Movido por el Espíritu, vino al Templo. Cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, lo tomó en brazos y alabó a Dios diciendo:

“Ahora, Señor, puedes, según tu palabra dejar que tu siervo se vaya en paz, porque han visto mis ojos a tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a las gentes y gloria de tu pueblo Israel”.

Su Padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: “Este está destinado para caída y elevación de muchos en Israel, y como signo de contradicción; y ¡a ti misma una espada te atravesará el alma! A fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.

(Lc 2, 22-33)

El anciano Simeón hace su profecía sobre Jesús bendiciendo a José y a María. Aquel niño estaba destinado por Dios, su Padre, a ser *signo de contradicción* para muchos, sus padres debían apoyarlo, incluso sin acabar de comprenderlo ellos mismos. Ésta es la espada que atraviesa el corazón de María, reconocer que su Hijo es radicalmente distinto, que es alguien que no participa de la cultura de la muerte impuesta por los romanos, ni tampoco de la Ley Judía que aplastaba al ser humano con el justificativo de cumplir “la voluntad de Dios”. Por el contrario, que Jesús va contra corriente, buscando la compañía de los

pobres y excluidos, no de los ricos ni de los poderosos; que Él no condena, sino que perdona; que no busca imponerse, sino servir; que no busca la guerra, sino la paz... María aprendió a creer y confiar en su Hijo, las cosas no le fueron sencillas de asimilar, sin embargo lo logró, fue la primera evangelizada, la mejor discípula, nuestro modelo de fe y de compromiso.

Nuestra Madre, la Virgen María nos quiere *signos de contradicción* frente a la cultura del descarte y del consumismo. Ella desea que, así como lo fue su Hogar de Nazareth, nuestra familia sea también signo de que otro estilo de vida es posible. No se trata de hacer cosas extraordinarias, sino de vivir según la enseñanza de su Hijo: poniendo a la persona por encima de todo, reconociendo que el matrimonio es la expresión de un amor que se realiza con una entrega generosa, y por ello, está destinada a ser perpetua; reconociendo en el servicio, la sencillez y el perdón; los valores más importantes. Que nada (ni política, ni ley, ni pecado, ni ningún deseo...), ni nadie nos quite el derecho a vivir como Jesús quiere de nosotros. Como bien nos dice San Pablo:

¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿La angustia?, ¿La persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?... de todo esto salimos más que vencedores gracias a aquel que nos amó.

Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro. (Rm 8, 36-39)

4. *Nuestra fe cristiana y nuestra devoción a María Auxiliadora nos llevan al compromiso por el cuidado de la Casa Común, nuestro planeta, en el que habita toda la familia humana.* La emergencia ambiental, la situación crítica respecto al calentamiento global y el cambio climático; han puesto los ojos del mundo en la búsqueda de posibles soluciones. La situación es tan crítica y de tan grandes consecuencias para toda la humanidad, que nadie puede excluirse de esta preocupación y del com-

promiso por buscar caminos que nos permitan afrontar la crisis. Menos aún los creyentes, pues juntos con la preocupación compartida por todos, se encuentra, además, la responsabilidad ante Dios, pues creemos que Él nos encomendó su creación y no la hemos cuidado bien. “Esta hermana –la Tierra- clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella. Hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expoliarla” (Laudato Si, No. 2).

El Papa Francisco el año 2015 publicó la encíclica “Laudato Si”, llamada también la Encíclica Verde, es un llamado a todos –creyentes y no creyentes- a asumir el cuidado del planeta, de la Madre Tierra. En esta encíclica, el Papa llama a nuestro planeta “la Casa Común”, pues es el lugar donde todos habitamos y por tanto es responsabilidad de todos el cuidarla y protegerla. La Iglesia también se compromete en esta tarea y busca que todos sus fieles respondan al llamado que nos hace Dios por medio del Santo Padre. Ahora bien, no se trata sólo de dejar de hacer lo que no es bueno para la Casa Común, sino de asumir una nueva mentalidad en la que la solidaridad humana, con la generación presente y con las posteriores, nos lleve a actuar en consecuencia. “No se trata de hablar tanto de ideas, sino sobre todo de las motivaciones que surgen de la espiritualidad para alimentar una pasión por el cuidado del mundo” (No. 217). Creemos que ello no es posible si no va de la mano de una espiritualidad que nos lleve a asumir convicciones y valores que se traduzcan en acciones y proyectos.

En el trabajo por asumir la tarea de una *ecología integral, expresada en una educación y espiritualidad ecológica*, la familia juega un rol protagónico. Como ya dijimos en líneas anteriores, es en su seno donde se construye la auténtica educación, la educación integral capaz de formar un estilo de vida distinto, en la que exista una alianza entre humanidad y ambiente. Esto es lo que el Papa llama una “conversión ecológica” (No. 216-221): “que implica dejar brotar todas las consecuencias de su encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que los rodea. Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcio-

nal ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana”.

Ser familia cristiana es también reconocer a Dios como Padre de toda la Humanidad y al otro, al cercano y al que vive en latitudes para nosotros desconocidas, como hermano. La familia cristiana, fomenta y fortalece la conciencia de pertenecer a la única familia humana y así aunar esfuerzos para el cuidado de la Casa Común. En esta gran familia, reconocemos la presencia de María, quien como Madre desea el bienestar de todos sus hijos, y como Auxiliadora se compromete a alcanzarnos de Dios las gracias necesarias para alcanzar la meta que nos proponemos. Las palabras de su cántico resuenan en nuestra mente y en nuestro corazón como promesa que será llevada a buen término, pues ella es para nosotros, como lo dice el Concilio Vaticano II: “Signo de esperanza cierta”.

CONCLUSIÓN

A lo largo de las páginas de este sencillo trabajo, hemos ido reflexionando sobre algunas implicaciones de nuestra devoción a la Virgen María, en el último capítulo según el título de *Auxiliadora de los Cristianos*. Una de las ideas centrales de este escrito, que de modo explícito he manifestado en diversos momentos, es la necesidad de que este nuestro cariño a la Madre de Dios se traduzca en un mejor compromiso cristiano, es decir en un compromiso cada vez más radical con el Reino de Dios y con el Dios del Reino. Al fin y al cabo, todo lo dicho no es sino un esfuerzo por explicar de distintos modos y proponer algunos “indicadores” de que se está poniendo en práctica esta idea.

En este sentido, nuestra devoción a la Virgen María nos lleva a poner un especial empeño por el cuidado de la familia y prestar especial atención a todo lo que la afecta. No podemos ser buenos cristianos si no cuidamos la célula fundamental de la sociedad, que para nosotros es el reflejo de Dios mismo. Ahora bien, ello nos obliga a cuidar la familia propia, pero también a velar por el bienestar de la familia dentro de la sociedad, así como la obligación de cuidar la Casa Común que alberga a toda la familia humana. La fe cristiana transforma toda nuestra vida, convierte a cualquier grupo de personas unidos por vínculo de sangre, o de fe, en familia cristiana.

Tal vez la tarea nos parezca poética y utópica, sin embargo, es posible y la reconocemos así gracias a ejemplos concretos. Entre todos, sobresale el de la misma Virgen María, quien es para nosotros modelo de discípula y creyente. Tratamos de imitarle, es decir

que queremos asumir sus actitudes y motivaciones más profundas. Ella aprendió a ser la Madre de Dios y así se convierte en madre universal. Su hogar, el de Nazareth es el que nos inspira a formar nuestra familia cristiana teniendo a Cristo en el centro. Otro ejemplo lo encontramos en Don Bosco.

Don Bosco fue un santo que vivió como pocos una relación tan clara y cercana a María. Ella le indica su misión, le sostiene en sus trabajos y le ayuda a formar su familia religiosa. Por su parte, él corresponde con una confianza total, con un compromiso de ser propagador de su devoción, teniendo muestras visibles de amor, respeto y agradecimiento hacia aquélla que considera la “madre y sostenedora” de toda su obra. También a él le imitamos (que no es copiarle), intentando asumir sus actitudes y motivaciones más profundas y así responder al mundo y a las circunstancias en las que nos encontramos, desde nuestra identidad con una fidelidad creativa. Este escrito intentó dar algunas luces al respecto.

Nuestra fe, nuestra devoción a María Santísima, transforma nuestra vida y así somos capaces de transformar la sociedad. Nuestra fe transforma nuestra familia y nos motiva para reivindicar el papel y la estructura de la familia cristiana en la sociedad. Lo que decimos es posible. Quisiera terminar esta reflexión trayendo a colación un fragmento de la Carta a Diogneto, un escrito de los primeros tiempos del cristianismo que muestra cómo la fe es capaz de transformar todo, es capaz de formar pequeños núcleos que siendo “signos de contradicción” obran la transformación por medio de la irrefrenable fuerza del testimonio.

Los cristianos en el mundo (Fragmento de la Carta a Diogneto)¹

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Su sistema

¹ En http://www.vatican.va/spirit/documents/spirit_20010522_diogneto_sp.html
Consultado el 4 de Mayo de 2017

doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres.

Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho.

Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los judíos los combaten como a extraños y los gentiles los persiguen, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad.

Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo. El alma invisible está encerrada en la cárcel del cuerpo visible; los cristianos viven visiblemente en el mundo, pero su religión es invisible. La carne aborrece y combate al alma, sin haber recibido de ella agravio alguno, sólo porque le impide disfru-

tar de los placeres; también el mundo aborrece a los cristianos, sin haber recibido agravio de ellos, porque se oponen a sus placeres.

El alma ama al cuerpo y a sus miembros, a pesar de que éste la aborrece; también los cristianos aman a los que los odian. El alma está encerrada en el cuerpo, pero es ella la que mantiene unido el cuerpo; también los cristianos se hallan retenidos en el mundo como en una cárcel, pero ellos son los que mantienen la trabazón del mundo. El alma inmortal habita en una tienda mortal; también los cristianos viven como peregrinos en moradas corruptibles, mientras esperan la incorrupción celestial. El alma se perfecciona con la mortificación en el comer y beber; también los cristianos, constantemente mortificados, se multiplican más y más. Tan importante es el puesto que Dios les ha asignado, del que no les es lícito desertar.”

APÉNDICE I

CONTEMPLAMOS A LA SAGRADA FAMILIA

La iconografía ha sido, desde tiempos muy remotos, un método particularmente efectivo para catequizar y transmitir verdades de fe dentro de la Iglesia. Cuando las palabras quedan cortas, el arte es capaz de desvelar el misterio. En esta línea, el Papa Francisco nos invita a contemplar a la Sagrada Familia:

Ante cada familia se presenta el icono de la familia de Nazaret, con su cotidianeidad hecha de cansancios y hasta de pesadillas, como cuando tuvo que sufrir la incomprensible violencia de Herodes, experiencia que se repite trágicamente todavía hoy en tantas familias de prófugos desechados e inermes. Como los magos, las familias son invitadas a contemplar al Niño y a la Madre, a postrarse y a adorarlo (cf. Mt 2,11). Como María, son exhortadas a vivir con coraje y serenidad sus desafíos familiares, tristes y entusiasmantes, y a custodiar y meditar en el corazón las maravillas de Dios (cf. Lc 2,19.51). En el tesoro del corazón de María están también todos los acontecimientos de cada una de nuestras familias, que ella conserva cuidadosamente. Por eso puede ayudarnos a interpretarlos para reconocer en la historia familiar el mensaje de Dios. (No. 30)

El ícono que presentamos pertenece al maestro Marko Ivan Rupnik (Eslovenia, 1954). Este sacerdote jesuita es bien conocido por sus íconos, los cuales además de ser bellas expresiones artísticas, son también obras llenas de significado y de enseñanzas catequéticas. Una de sus obras más representativas es el ícono del Jubileo Extraordinario de la Misericordia. El ícono al que ahora



pretendemos acercarnos lleva por título: “La Sagrada Familia de Nazareth” y es del año 2012, año de la Familia decretado por Benedicto XVI.

En el cuadro podemos observar juntas a las dos familias de Jesús: (1) La Santísima Trinidad; (2) La sagrada Familia de Nazareth. El Padre está representado en la parte superior del cuadro, por una mano (la Diestra del Padre) que desde lo alto se encuentra abierta y generosamente nos hace el regalo del Espíritu Santo, representado por una llama de fuego, una llama de amor que desciende a toda la humanidad. El color rojo está presente en las Tres Personas de la Santísima Trinidad, es pues, en este cuadro, el color que representa la divinidad.

La espiritualidad familiar de la que hablamos en este folleto es posible gracias a nuestra fe en Jesús, él es el eslabón que crea una relación directa entre nuestra fe trinitaria y nuestra familia. Es Jesús quien nos permite entender la Trinidad como una Familia, y a nuestra familia como un reflejo de la Trinidad. El trasfondo del cuadro representa el paraíso terrenal y la Jerusalén celestial, es decir, la historia de la salvación, en el centro de ésta se encuentra la Sagrada Familia. La historia humana que queda sustancialmente transformada gracias a la Encarnación del Verbo, se ve representada en el fondo del cuadro, por el cambio del color oscuro (lado izquierdo), al color claro (lado derecho).

Concentrémonos ahora en los rostros. En general fácilmente se puede reconocer un ambiente de paz y serenidad. Las situaciones por las que tuvo que pasar esta familia fueron del todo duras y confusas. A pesar de ello, su fe, su confianza en Dios, les da paz inquebrantable. Donde está Dios hay paz y unidad. La paz será el saludo constante de los discípulos del Señor y el saludo característico de las apariciones del Resucitado. Eso expresan las miradas.

Pocas veces reflexionamos sobre la fe de José, sin embargo, no podemos dudar de que fue un hombre de fe profunda y de oración constante, por ello el artista lo representa mirando al cielo en actitud de oración, en silencio, contempla a Dios, del cielo recibe la inspiración y la sabiduría para ser el padre terreno de Jesús. Sus manos grandes son signo de su vida entregada al trabajo. Un trípode

de valores que le caracterizaron: Oración-Trabajo-Cuidado de su Familia; realmente un modelo de padre de familia.

María y Jesús tienen sus ojos puestos en nosotros. Una mirada pacífica y cariñosa que nos invita a acercarnos con confianza a aquel hogar. María, al tiempo que nos mira, guía con sus manos los pasos de Jesús, en un movimiento descendente desde lo alto hacia nosotros. Nos lo quiere entregar, quiere que también nosotros lo recibamos y lo tomemos en nuestras manos, que entre a nuestra familia. Por su parte, el Niño Jesús nos mira fijamente, se encuentra de pie y caminando, dirigiéndose hacia nosotros. Con una mano sostiene un pergamino, signo de su Evangelio, su Palabra que es capaz de transformar cualquier corazón y con la mano izquierda se toma del manto de María, como diciéndonos: “Caminarás sin tropiezos si acoges el Evangelio y te tomas del manto de mi madre”.

María y Jesús comparten la misma vestimenta, signo de la profunda unión que existe entre ambos, el cuadro nos muestra que sus corazones estuvieron siempre en conexión, se encuentran a la misma altura. María da a Jesús su humanidad y Jesús la convierte en la Madre de Dios. No podemos ver a María sin ver a su Hijo, Él nos enseña a ir siempre del manto de su madre.

El icono nos invita a rezar, el fruto de nuestra oración debe ser el deseo de ser como la Sagrada Familia. Es Dios quien nos da el regalo de la familia y la mantiene unida, por ello, Él debe estar al centro de todo. Cumplir con nuestra misión de ser familia cristiana, será posible si es que tenemos la mirada puesta en Dios Trinidad, como José, y si compartimos el tesoro que es Jesús a los demás.

ORACIÓN DEL PAPA FRANCISCO A LA SAGRADA FAMILIA

*Jesús, María y José
A ustedes, la Sagrada Familia de Nazaret,
Hoy miramos con admiración y confianza;
En vosotros contemplamos
La belleza de la comunión en el amor verdadero;*

*A ustedes encomendamos a todas nuestras familias,
Y a que se renueven en las maravillas de la gracia.*

*Sagrada Familia de Nazaret,
Atractiva escuela del Santo Evangelio:
Enséñanos a imitar sus virtudes
Con una sabia disciplina espiritual,
Danos una mirada limpia
Que reconozca la acción de la Providencia
En las realidades cotidianas de la vida.*

*Sagrada Familia de Nazaret,
Fiel custodia del ministerio de la salvación:
Haz nacer en nosotros la estima por el silencio,
Haz de nuestras familias círculos de oración
Y conviértelas en pequeñas iglesias domésticas,
Renueva el deseo de santidad,
Sostener la noble fatiga del trabajo, la educación,
La escucha, la comprensión y el perdón mutuo.*

*Sagrada Familia de Nazaret,
Despierta en nuestra sociedad la conciencia
Del carácter sagrado e inviolable de la familia,
Inestimable e insustituible.*

*Que cada familia sea acogedora morada de Dios y de la paz
Para los niños y para los ancianos,
Para aquellos que están enfermos y solos,
Para aquellos que son pobres y necesitados.*

*Jesús, María y José,
A ustedes con confianza oramos,
A ustedes con alegría nos confiamos*

APÉNDICE II

LAS BODAS DE CANÁ (Jn 2, 1-11). UNA LECTURA EN CLAVE DE FAMILIA

El texto

Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fueron invitados también a la boda, Jesús y sus discípulos. Al quedarse sin vino, por haberse acabado el de la boda, le dijo a Jesús su madre: “¿No tienen vino!”. Jesús le respondió: “¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora”. Pero su madre dijo a los sirvientes: “Hagan lo que él les diga”.

Había allí seis tinajas de piedra, destinadas a las purificaciones de los judíos. De dos o tres medidas cada una. Jesús les dijo: “Llenen las tinajas con agua”. Ellos las llenaron hasta arriba. “Sáquenlo ahora –les dijo- y llévenlo al maestresala”. Ellos lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llamó al novio y le dijo: “Todos sirven primero el vino bueno, y cuando ya están bebidos, el inferior. Tú, en cambio, has reservado el vino bueno hasta ahora”.

Este fue el comienzo de los signos que realizó Jesús en Caná de Galilea; así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él.



Comentario

El relato de las Bodas de Caná es un episodio muy conocido de la vida de Jesús. Es particularmente significativo para nosotros, porque en la narración están presentes Jesús, María, los discípulos (la Iglesia) y *una familia*. Como caracteriza a todo el Evangelio de Juan, esta perícopa está llena de simbolismos, nosotros nos detendremos sólo en algunas ideas que nos ayuden a reflexionar y orar.

Una boda sin vino, un matrimonio sin espiritualidad. Las fiestas de matrimonio de aquella época duraban días enteros, una semana, incluso dos. Así, eran la oportunidad para que todo el pueblo se reuniese y celebrará. Había música, baile, comida y bebida suficiente; el anuncio de una boda era razón de alegría en todo el pueblo. Quien organizaba un matrimonio, sabía que debía pensar en palabras mayores, en números grandes. Sin embargo, en el relato se nos dice que *se acabó el vino* (!!!). ¿Por qué? No lo sabemos (¿mal cálculo, aparecieron más invitados, los invitados eran más alegres de lo que se esperaba, alguien se lo llevó...?) El caso es que *fallaron las previsiones* y la fiesta amenazaba con terminar como un velorio: sin alegría, sin baile, sin risa. El vino representa la alegría, la fiesta, el compartir; si hay vino hay alegría, se soporta todo. Y este matrimonio se quedó sin vino. *Eso le pasa hoy a muchos matrimonios: pierden la alegría de estar juntos como familia*. Se impone la rutina, las cargas son más pesadas de lo que se esperaba, surgen dificultades imprevistas, “yo esperaba otra cosa del matrimonio”... El matrimonio se hace como el agua: sin color, sin olor y sin sabor. En una palabra, se quedan sin vino. ¿Quién podrá salvar la situación y convertir esta agua en vino? ¡Jesús!

No nos olvidemos de invitar a Jesús a nuestra familia. Cuando los sirvientes se dieron cuenta de que el vino se había acabado, seguramente se vivió un momento de gran confusión. Nos imaginamos que comenzaban a moverse de aquí para allá, preguntar a uno y a otro, levantar manteles, buscar en distintos lados... seguramente muchos de los presentes se dieron cuenta de la situación, también lo hizo María. Rápidamente ella va donde Jesús y le cuenta la situación con cierto desespero: “¡No tienen vino!” Jesús, por su parte, como muchos de los otros invitados, pretende desentenderse del problema, al fin y al cabo no era su fiesta, quien quedaría

mal serían los novios, no Jesús. Además, según Él mismo afirma, todavía no había llegado su hora. Sin embargo, María, como buena madre no se da por vencida. Reúne a los sirvientes y les da un mandato que resuena hasta hoy en nuestros oídos: *“Hagan lo que él –Jesús– les diga”*. Jesús no supo decir que no a su mamá, se salvó la fiesta. No olvidemos invitar a Jesús a nuestra familia, él no anda solo, siempre están con María y con sus discípulos, es decir la Iglesia. Si están invitados, cuando se acabe el vino en la familia nos ayudarán y seguirá la alegría. Eso sí, es indispensable seguir las indicaciones de María y *hacer lo que dice Jesús: ámense los unos a los otros, perdonense, no juzguen, confíen en Dios, den la otra mejilla, crean en el Hijo del Hombre...*

La preocupación de María: “¡No tienen vino!”. Prontamente María cae en cuenta de que algo no va bien en la fiesta. Algún exegeta ve en esta preocupación tan evidente un signo de que la pareja de nuevos esposos era pariente en algún grado de la Familia de Nazareth, no lo sabemos. El punto está en que Ella ve que hay una necesidad y se decide a hacer algo. En otras palabras, María ve que hay una familia, que no es la suya, que requiere Auxilio y ella está dispuesta a dársela. Tampoco sabemos si es que antes intentó solucionar el problema junto con los otros y no pudo, pero lo cierto es que cuando todo parece ya perdido recurre a Jesús. La situación de emergencia que vive la familia y la sociedad hoy, generan una preocupación general. Frente a este panorama surgen muchos intentos de solución, buenos, útiles y necesarios. Pero tal vez falta algo más, lo que el Papa llama una “espiritualidad de la familia”, ver el problema desde los ojos de la fe y reconocer que sólo un acto de amor real, el de Dios por medio nuestro, será lo que dé la característica de “decisivo” a esta tarea. Aprendemos de María que la urgencia de una familia, o de la familia, es algo en lo que todos debemos colaborar.

Jesús manda a llenar las tinajas con agua. Jesús obra con lo que tenemos, a veces podemos caer en la tentación de creer que él solucionará los problemas de la nada, casi como un mago. Dios no obra así. Para lograr las obras que realiza necesita de nuestra colaboración. En este caso se valió de unas tinajas que eran para la purificación y del agua. Ambas no estaban destinadas para la fiesta, pero cuando llegó el momento de la necesidad, gracias a la

intervención de Jesús, la salvaron. Jesús está siempre dispuesto a ayudarnos, pero requiere de nuestra colaboración, no nos pedirá cosas extrañas o imposibles, sino aquello que está a nuestro alcance. A veces nos pedirá que hagamos las cosas de un modo distinto (usar las tinajas de la purificación con otros fines), pero confiemos en Él.

Los siervos son los únicos que comprenden qué es lo que está pasando. Jesús obra el signo (algunos le llaman milagro), convierte el agua en vino y manda a que se lo den a probar al maestresala, él no sabe de dónde viene ese vino (¡Tal vez él era el encargado de prever que no faltase!), sin embargo, cuando lo prueba y da su total aprobación. El vino nuevo está mejor que el anterior. Ni el maestresala, ni los novios, ni muchos de los invitados sabían lo que había pasado; *los únicos que sabían todo a cabalidad eran los sirvientes*, pues fueron ellos los que con denodada prontitud obedecieron lo que Jesús les había pedido, aunque parecía un sinsentido. ¡El servicio sencillo y humilde nos permite reconocer lo que hace Dios! El orgullo, la vanidad, la arrogancia nos enceguece, nos embrutece.

“Todos sirven primero el vino bueno, y cuando ya están bebidos, el inferior. Tú, en cambio, has reservado el vino bueno hasta ahora”. Con estas palabras, el maestresala da su aprobación al vino de Jesús. El primer vino seguramente era el mejor que tenían los novios, por eso lo sirvieron de primero, pero se acabó. Jesús ofrece un vino nuevo, que sin desmerecer el primero es mucho mejor. Cuando se junta una pareja para constituir un matrimonio, se pone lo mejor de sí, sin embargo “cuando desaparecen las mariposas en el estómago”, las cosas se ponen cuesta arriba. Ahí aparece Jesús quien es capaz de transformar, incluso hacer mucho mejor la relación y la familia. Cuando la familia alcanza madurez humana y espiritual se convierte en auténtica familia cristiana, lo que no se logra sino con el tiempo y con el empeño de todos los miembros. El resultado es incluso mucho mejor de lo que se esperaba o pretendía.

Viendo el signo, los discípulos creyeron en él. Son miles las familias que recorriendo el camino que nos presenta el Evangelio han descubierto que en verdad, Jesús tiene “palabras de vida eter-

na” (Jn 6, 68). Nosotros somos heraldos no de un mensaje contado, sino de lo que experimentamos y sentimos en nuestras propias vidas. Creemos en el Señor porque lo vemos, en el recorrido de nuestro camino, lo sentimos compañero, hemos hablado con él. Somos testigos de lo que anunciamos.

Jesús estaba presente, María no se quedó de brazos cruzados, hubo gente dispuesta a colaborar, el Señor obró el signo. Al final, todos disfrutaron de la fiesta. Esta puede ser también tu familia.

REFERENCIAS

CEPAL-UNICEF. *El papel de la familia en la protección social en América Latina*. Santiago: Ed. Naciones Unidas, 2006

CHAVEZ, Pascual. *María Inmaculada Auxiliadora. Madre y maestra de Don Bosco*. ACG 414 (2012) p. 3-35.

FERNANDEZ, Angel. ¡Somos Familia! Aguinaldo 2017. Comentario del Rector Mayor. Bogotá, 2017

FRANCISCO, Papa. *Exhortación Apostólica Postsinodal “Amoris Laetitia”*. Sobre el amor en las familias, Roma, 2016

..... *Carta encíclica “Laudato si” sobre el cuidado de la Casa Común*. Roma, 2015

LENTI, Arthur. *Don Bosco: Historia y Carisma. Vol. I y II*. Madrid: Ed. CCS, 2011

PABLO VI, Papa. *Exhortación Apostólica “Marialis Cultus” para la recta ordenación y desarrollo del culto a la Santísima Virgen María*. Roma, 1974

PERESSON, Mario. *Curso de Mariología. Una perspectiva Latinoamericana: Liberadora e Inculturada*

..... *Seguir a Jesucristo tras las huellas de Don Bosco*. Bogotá: Ed. Salesianas, 2006

RICALDONE, Pedro. *Nuestra devoción a María Auxiliadora*. Montevideo, 1949

STELLA, Pietro. *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica. Vol. II: Mentalità religiosa e spiritualità*. Roma: LAS, 1969

